EL TEATRO
MODERNO

Francisco Villaespesa

El Alcázar de las Perlas

Sago
XXIX

MBadues

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Francisco Villaespesa

EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS

LEYENDA TRAGICA, EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

Estrenada en el Teatro Isabel la Católica, de Granada, el 8 de noviembre de 1911, y en el de la Princesa, de Madrid, el 21 de diciembre del mismo año

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO V 15-VI-1929 NÚM. 199

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Sobeya...	*Sra. Guerrero.*
La sultana Aixa...	*Salvador.*
Leila Hassana...	*Srta. Adamúz.*
Zahara...	*Gelabert.*
Fátima...	*Riquelme (E.).*
Alhamar, Emir de Granada... ...	*Sr. Cirera.*
El Príncipe Muhamad, su hijo...	*Sra. Jiménez (C.).*
Abu Ishac, Wali de Comares.....	*Sr. Thuillier.*
Azhuna, Alarife...	*Díaz de Mendoza.*
Aly Ben Ibrahim, Gran Wazir... ...	*Juste.*
Abul Beca, Alcatib...	*Montenegro.*
Omar, Walí de Málaga...	*Martínez Tovar.*
Aben Fat, Médico...	*Carsi.*
Muruam, Walí de Granada... ...	*Gonzálvez.*
Ayub, Comerciante...	*Díaz.*
Abul Hassan, Walí de Guadix...	*G. Muñoz.*
El astrólogo...	*Gonzálvez.*
Ozmín...	*Guerrero.*
Aliatar...	*Urquijo.*
Un capitán...	*G. Muñoz.*
Un esclavo...	*Covisa.*
Un paje...	*Covisa.*

Damas, esclavas, caballeros, guardias, soldados, músicos, comerciantes, cautivos, siervos y gente del pueblo.

A los insignes artistas María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, y al gran poeta Ricardo J. Catarineu, con todo el agradecimiento y el afecto de

VILLAESPESA

ACTO PRIMERO

Salón del trono en el antiguo alcázar de Habuz ben Zavi, en el Albaicín, cuyo fasto evoca la fabulosa magnificencia de las célebres Cortes de Damasco y Bagdad. Veinticuatro columnas esbeltas y gráciles cual palmeras de mármol, sueltas o en grupos de tres, unidas en caprichosos arcos de herradura del más puro estilo árabe, trabajadas a cincel, como joyas, sostienen la amplia bóveda resplandeciente, constelada de estrellas de oro como las noches profundas y serenas del Yemen. En los encajes de los muros, esmaltados de oro, añil y púrpura, en pequeños cuadros formados con cintas y hojarascas, campean esculpidas las armas de los fundadores. Una espléndida fesifisa decora con los vivos tonos de sus grecas, alizarces, flores y plantas trepadoras, el estuco bruñido de los muros. Y por todas partes serpentean elegantes caracteres cúficos, prodigando alabanzas al sucesor de Zavi, repitiendo versículos de las Suras Koránicas y estrofas de los más célebres poetas.

A la izquierda, bajo un dosel de púrpura blasonada, se alza el trono, esculpido en el más puro oro del Darro, que sostienen—a la manera persa—dos leones, cuyas cabezas sirven de brazales, y cuyas pupilas despiden fulguraciones de rubíes. A la derecha, dos grandes puertas de arco, trabajadas en marfil y cedro, con arabescos y herrajes de plata, descansan sobre pilares de mármoles de colores y pequeñas columnatas de cristal. Al fondo, una galería donde tres amplios ajimeces se abren sobre los jardines y las fértiles riberas del Darro. Por sus huecos, sobrenadando en el oro del crepúsculo, flota, como una isla de fabulosas esmeraldas, el verdor perenne de la Colina Roja.

Suavizan la dureza del pavimento de pórfido, muelles y suntuosas alcatifas persas, donde los más bellos sueños del amor y de la guerra se dibujan nítidamente entre la monstruosa lujuria de la flora oriental. Cuatro pebeteros de oro, en forma de cálices de loto, se alzan en los cuatro ángulos del salón, sobre trípodes de plata oxidada, impregnando el aire con los más pesados y litúrgicos perfu-

678189

mes del Oriente: el incienso, la mirra, el nardo, el áloe y el benjuí.

El humo vela la estancia en una neblina de ensueño.

Rumores de guzlas lejanas y canciones perdidas, ondean en la brisa. Todas las flores de la primavera, en búcaros de bronce de la India, en pequeñas canastillas de plata y en guirnaldas y festones que penden de los muros, derraman en el aire su aliento vegetal y fragante. Y siempre, acompañando con su voz de cristal a los que conversan, resuena la música del agua que lagrimea en los surtidores y borbota en las fuentes. Por el hueco del ajimez de la izquierda, se ve el hilo saltarín y fúlgido de un surtidor que se desgrana en el azul como una sarta de perlas que se rompe. Y el salón todo, con sus mosaicos, sus azulejos, sus alicatados, las columnas y los adornos, evoca la visión patriarcal y guerrera de una tienda nómada del desierto, alzada sobre troncos de palmeras y recamada de colchas y tapices multicolores, con todo el oro, y las joyas y las armas de un príncipe oriental, magnánimo y fastuoso.

ESCENA I

Aixa, Sobeya, Leila Hassana, Zahara, Fátima y *Esclavas*

Aixa, en la galería del primer término de la izquierda, dormita sobre ricos almohadones de damasco, bordados de perlas, en amplio diván de seda turquí, con arabescos y flecos de oro. Leila Hassana vigila su sueño, agitando suavemente un largo abanico de plumas de pavo real. Sobeya, Zahara y las otras damas contemplan extasiadas los prodigios del patio. Todas hablan en voz queda, temerosas de despertar a la Sultana, acordando sus voces a la música del agua. Las esclavas salen y entran silenciosamente. Unas tejen guirnaldas de flores y las suspenden de los arcos; otras desenrollan velos tan finos como el viento, haciéndoles flotar al sol. Algunas preparan canastillas de frutas y bandejas de confituras. También arrojan perfumes en los pebeteros, o muestran a la luz resplandeciente, en ricos cofrecillos de plata cincelada forrados de seda carmesí, el vivo relampagueo de las joyas: ajorcas, colla-

res, diademas, brazaletes, pectorales y cintillos. Otras acarician sus instrumentos de cuerda: guzlas, arpas, laúdes y citaras.

LEILA. ¡Silencio!... Sale la aurora.
Va a abrir Aixa sus pestañas.
(Aixa se estremece en sueños. Leila Hassana se vuelve a las damas y les dice, quedamente, con el índice enjoyado sobre el labio, en un grácil gesto de silencio.)
Templa tu guzla, Sobeya.
¡Cautivas, pulsad las arpas!
Fátima, en los pebeteros
vierte pastillas de ámbar.
(Todas se aproximan sin hacer ruido, como sombras de seda. Las esclavas, en un ángulo de la derecha, permanecen apoyadas en sus instrumentos. Fátima se retira, y tomando de manos de una esclava un joyero de oro forrado de seda turquí, extrae de él dos pastillas de ámbar y las arroja en pebeteros que arden junto al diván donde reposa Aixa. Sobeya templa la guzla y se coloca bajo el primer arco de la izquierda, seguida de tañedoras de guzlas, arpas, laúdes y citaras. Zahara se aproxima al lecho de Aixa. Esta despierta. Entreabre perezosamente los párpados y se queda un momento absorta, como soñando de nuevo, apoyada en el codo sobre los ricos almohadones. Empieza una música lenta y suave. Arrodillándose ante Aixa.)
¡Feliz el sueño que pudo
a besos, dejar cerradas
esas pupilas que son
claros soles de Granada!

ZAHA. *(Arrodillándose ante Aixa.)*
¡Dichosa tú que despiertas
de un bello sueño, y te hallas
como soñando de nuevo
en el sueño de esta estancia!

LEILA. ¿Acaso el labio de un genio
a medias una palabra

dejó en tu oído, y quisieras
que de decirla acabara?

ZAHA. ¿Tal vez abriste los ojos
cuando una mano estrechabas,
y quieres sentir de nuevo
su presión sedosa y cálida?

LEILA. ¿O anhelas que al cuerpo vuelva
otra vez entera el alma,
y que huyan de tus sueños
los intangibles fantasmas,
como las sombras nocturnas
huyen de la luz del alba?

ZAHA. ¡Pues, habla; di lo que quieres,
que, ante tus plantas postradas,
tus siervas para atenderte
sólo tu señal aguardan!

SULTA. *(Se incorpora perezosamente.)*
¡Al arrullo fugaz de esas fuentes,
se ha domido, soñando, mi alma!
Me dormí sin sentir, cual si una
leve mano muy fina y muy blanca,
con sus dedos de rosa y de seda
lentamente mis ojos cerrara.
¡Es tan dulce y suave este ambiente!
¡Es tan rica y fragante esta estancia,
que a dormir nos invita, soñando
con quiméricos cuentos de hadas!
(Se detiene un instante, incorporándose un poco. Pasea la mirada en torno suyo, como buscando a alguien.)
¡Oh, Sobeya, placer de mis ojos,
amistad perdurable del alma!
¿Dónde estás que tu voz no acaricia
mis oídos que ansiosos te aguardan?

SOBE. ¡Esperándote estoy... Un espía
con la oreja a la tierra pegada
es mi vida, acechando en las sombras
el ligero rumor de tus plantas!
(Deja la guzla y se aproxima a Aixa. Se postra de rodillas y, cogiendo entre las suyas la mano de la Sultana, la cubre de besos. Luego,

con la mano aún junto a los labios, murmura, dejando escapar las palabras entre los dedos enjoyados.)
Esperando que abrieras los ojos,
esos ojos que son como el alba,
que disipa inquietudes y sombras,
de la guzla las cuerdas templaba.
¡Oh, Sultana, tu amor me ha llamado
y a mi pecho de orgullo embriagas,
y mi vida se esconde en tus dedos
como una paloma asustada!
Tu cariño es la estrella que guía
por senderos sin fin mi ignorancia,
el Arcángel que escuda mi pecho
de la vida en las rudas batallas,
y el oasis que ofrece a mis labios
el sonoro frescor de sus aguas.
Por pagar ese afecto, quisiera
ser clavel en tus trenzas castañas,
una perla en los ricos collares
que circundan tu ebúrnea garganta,
y uno de esos anillos que fulgen
en tus manos tan tenues y blancas,
cual jazmines bañados de luna
o azucenas en vasos de plata.
Di: ¿qué pides? ¿qué anhelan tus ojos?
¡Tus mandatos tus siervas aguardan!

SULTA. *(Cariñosamente, como enajenada por tanta belleza.)*
¡El Señor ha signado mi frente!
Alhamar, sobre todas me ama;
a una noche vestida de estrellas
el fulgor de mis joyas iguala;
los poetas celebran mi nombre
y los genios me han dado esta estancia,
como nunca, ni en sueños siquiera,
contemplaron pupilas humanas.
¡Ya que Dios nos ha dado la dicha
de sus dones gocemos sin tasa!
(Pausa breve. Se levanta, dirigiéndose a Sobeya.)
¡Dime ahora, Sobeya, una de esas

amorosas gacelas tan lánguidas
que parecen suspiros de amores
que de labios unidos se escapan!

SOBE. (*Recitando en el centro de la escena.*)
¿Conoce alguien el amor?
El amor es sueño sin fin...
Es como un lánguido sopor
entre las flores de un jardín.
¿Conoce alguien el amor?
Es un anhelo misterioso
que al labio hace suspirar.
Torna al cobarde en valeroso
y al más valiente hace temblar.
Es un perfume embriagador
que deja pálida la faz.
Es la palmera de la paz
en los desiertos del dolor...
¿Conoce alguien el amor?
Es una senda florecida...
Es un licor que hace olvidar
todas las glorias de la vida,
menos la gloria del amar.
Es paz en medio de la guerra,
fundirse en uno siendo dos...
¡La única dicha que en la tierra
a los creyentes les da Dios!
¡Quedarse inmóvil y cerrar
los ojos para mejor ver,
y bajo un beso adormecer,
y bajo un beso despertar!
Es un fulgor que hace cegar...
Es como un huerto todo en flor
que nos convida a reposar...
¿Conoce alguien el amor?

SULTA. Sobeya, ¿qué ruiseñor,
doliente y enamorado,
esta noche te ha enseñado
esa gacela de amor?

LEILA. Bella, muy bella es, Sobeya,
la letra de esa canción;
por eso, por ser tan bella,
requiere contestación.

(*A una señal de asentimiento de la Sultana, Leila Hassana recita.*)
¡Todos conocen el amor!
¡El amor es como un jardín
envenenado de dolor,
donde el dolor no tiene fin!
¡Todos conocen el amor!
¡Es como un áspid venenoso
que siempre sabe emponzoñar
al noble pecho generoso
donde le quieren calentar!...
Al más leal hace traidor...
Es la ceguera del abismo,
y la ilusión del espejismo
en los desiertos del dolor...
¡Todos conocen el amor!
¡Es laberinto sin salida,
es una ola de pesar
que nos arroja de la vida
como a los náufragos el mar!
Provocación de toda guerra,
sufrir en uno lo de dos...
¡La mayor pena que en la tierra
a los creyentes les da Dios!...
Es un perpetuo agonizar,
un alarido, un estertor,
que hace al más santo blasfemar...
¡Todos conocen el amor!

ZAHA. (*Pausa breve.*)
Aixa, para tu gusto, ¿cuál la más bella ha sido?

SULTA. Bellas, casi tan bellas, las dos gacelas son.
La primera es de un pecho virginal el latido
y la otra es como el último latir de un corazón...

ESCENA II

Dichos, un *esclavo,* que penetra por la puerta de la izquierda y se inclina ante la Sultana.

ESCLA. Sultana, en el rico patio
que es orgullo de este alcázar,
para ofrecerte las flores

de tus cármenes, te aguardan,
tembiorosas de impaciencia,
las donceilas de Granada.
(*La Sultana se levanta y, seguida de las damas, desaparece por la izquierda. Suenan músicas lejanas.*)

ESCENA III

El *esclavo* y *Sobeya.*

ESCLA. (*Deteniendo a Sobeya al salir.*)
Sobeya, tengo que hablarte.
SOBE. Esclavo, dime ¿qué pasa?
¿Has visto a Azhuna?
ESCLA. Le he visto
por esos bosques. Vagaba
como un loco. —¡Di a Sobeya,
único amor de mi alma,
que esta tarde he de mirar
cumplidas mis esperanzas!
—me dijo—y entre los árboles
se perdió como un fantasma.
SOBE. Pues vuelve, esclavo, a decirle
que espere, que tenga calma,
que sus locuras de hoy
serán glorias del mañana;
y que esta noche le espero
bajo la luna, apoyada
en el ajimez que el Darro
refleja en sus claras aguas.
(*Sale el esclavo por la izquierda. Sobeya se va por el fondo y Abu Ishac, que habrá aparecido durante las últimas palabras, en la galería la detiene bajo el arco del centro.*)

ESCENA IV

Sobeya y *Abu Ishac.*

ISHAC. (*Acercándose a Sobeya. Su voz tiembla de emoción. Habla brusca y atropelladamente, como si temiese que se le escapasen las palabras.*)

¡Sobeya!... Escucha, por favor. ¡Detente!
Jamás mi corazón tembló por nada.
¡Yo, que ante nadie doblegué mi frente,
hoy me acobardo y tiemblo a tu mirada!
¡Y por más que en mi auxilio invoco y llamo
las palabras más dulces, sólo puedo
decirte rudamente que te amo
con amor que a mí mismo me da miedo!
Yo no sé tiernos versos. No proclaman
la gracia de tu nombre mis canciones...
¡Yo tan sólo sé amarte como aman
a sus hembras, celosos, los leones!
Cuando escucho tu voz ni a hablar me atrevo;
a tu vista se bajan mis pestañas,
¡pues desde el día en que te vi te llevo
clavada como un dardo en mis entrañas!
Di que tu afecto mi ilusión comparte,
una sola palabra di en mi abono,
¡y mi brazo será capaz de alzarte
sobre las gradas del más alto trono!

SOBE. (*Sorprendida por la rudeza y la intensidad de la voz de Abu Ishac, se queda un instante muda, y después le contesta débilmente, confusa, con dulzura tranquila, pero irrevocable.*)
Abu Ishac, si pudiera
corresponder tu amor,
honra en ello tuviera.
Tu espada es la mejor
espada de Granada...
Tú eres digno de ser
la quimera soñada
de un alma de mujer.
Mas yo aspirar no puedo
con tu amor a soñar.
Tu gloria me da miedo...
Tú puedes encontrar
entre las damas una
más digna que comparta tus honores...
¡Prosigue tu fortuna,
y olvida, para siempre, mis amores!

ISHAC. (*Exaltándose.*)
¿Quién más digna que tú? ¿Quién más preciada

ante los ojos del amor, si eres
—¡oh, mi luz!—entre todas las mujeres
lo que entre las ciudades es Granada?
No destruyas cruel mis esperanzas,
ni rechaces mis nobles ambiciones...
¡Fuera de ti me acechan los leones,
las espadas, las flechas y las lanzas!
Yo seré por tu amor el más osado
de todos los muslímicos guerreros...
¡Soy hijo de la Muerte, y los aceros
para darme reposo se han forjado!
(*Exaltándose.*)
¡Haz que rendida a mi pasión te vea!
¡Muéstrame solamente un caballero
que en la lucha mejor vibre su acero
y que más digno de tus gracias sea!
Yo no soy como antes. Era rudo;
era mi corazón de piedra dura...
¡No tuve más amor que mi armadura,
mis armas, mis corceles y mi escudo!

SOBE. (*Compasivamente.*)
¡Oh, no!... Yo no quisiera
verte sufrir así,
y si pudiera amarte te amaría.
Pero tu amor no es más que una quimera...
Has soñado, Abu Ishac; mas vino el día
y disipó tu ensueño... ¡Vuelve en ti!
(*Sobeya desaparece por la izquierda. Abu Ishac intenta seguirla, cuando penetran por la galería de la derecha Omar, Abul Beka, Ayub, Aly Ben, Ibrahim, Aben Fat y Muruam.*)

ESCENA V

Abu Ishac, Omar, Aly Ben, Ibrahim, Abul Beka, Aben Fat, Ayub, pajes y esclavos.

(*Van entrando, vestidos con los más ricos trajes y ostentando los diversos colores de las veinte tribus de nobles árabes y africanos que pueblan Granada. A cada uno le siguen pajes y siervos, portadores, en ricos azafates de plata,*

de regios presentes. Los esclavos se agrupan en torno de las columnas, y apoyados en ellas permanecen inmóviles, como estatuas, con los brazos en arco, sosteniendo sobre sus turbantes las amplias bandejas.)

OMAR. (*Desde el arco, inclinándose.*)
¡Sobre el nobre Nazarita
la paz derrame sus ánforas!

BEKA. (*Idem.*)
¡Vierta la gloria sus dones
en las glorias de su casa!

AYUB. (*Idem.*)
¡Que los campos más estériles
florezcan bajo sus plantas!

ISHAC. (*Desde el arco, inclinándose.*)
¡Que el Arcángel en la guerra
esgrima su cimitarra!

MURU. (*Inclinándose ceremoniosamente.*)
¡Y en la paz le dé Mahoma
su justiciera balanza!

FAT. (*Forman un grupo en el centro de la escena.,*
¡Como el sol, Alhamar, lo alumbra todo;
mas ciega a quien le mira cara a cara!

ALY. Su justicia no rueda cual torrente
que al desbordarse la campiña arrasa...
Es la lluvia del cielo, es el rocío
que fecunda los seres y las plantas.

BEKA. ¡Es la mano de Dios sobre los hombres
que amor prodiga y caridad derrama!

MURU. No es en la guerra tigre que entre juncos
curvado y prontas para herir las zarpas,
acecha los rebaños de gacelas
que alegres corren al rumor del agua...
Es león que, rugiendo frente a frente,
destruye al enemigo que le ataca.

FAT. El protege las artes y las ciencias.
Gracias a su poder es hoy Granada
la Meca de Occidente. Dió la brújula
que dirige al marino por las aguas,
el papel que eterniza el pensamiento
del sabio y del poeta. Las murallas
levantó de palacios y hospitales,

restauró las mezquitas, y dió sabias
leyes a los muslines. ¡Con sus manos,
cuando no tiene que esgrimir la espada,
asiste a los enfermos incurables
y poda los rosales de su alcázar!

ISHAC. Tiembla el cristiano al pronunciar su nombre,
porque sabe que no existen corazas,
ni corceles, ni escudos que resistan
el vigoroso empuje de su lanza!

BEKA. Cuando nuestras mezquitas trocáronse en igle-
[sias,
cuando sólo se oían repiques de campanas,
cuando sobre los muros de Sevilla y de Córdoba,
de Murcia y de Valencia, de Jerez y de Játiba,
flotaban los pendones de la cruz enemiga,
y sobre los creyentes cayeron a manadas
los lobos; cuando todo terror y espanto era,
un leoncillo, cachorro de la estirpe más alta
del Hegiaz, flotantes las revueltas melenas,
rechinando los dientes, los ojos como ascuas,
descendió de los montes y ahuyentando a los
[lobos
salvo al Islám, creando las glorias de Granada.

ISHAC. De nuevo surge nuestra voz de guerra
llenando de pavor a los infieles,
y otra vez retemblar hacen la tierra
con furia de huracán nuestros corceles.
Trocáronse en leones los corderos,
y el sol de nuevo victorioso brilla
en la avalancha de nuestros aceros
por las rudas estepas de Castilla...
¡Dejad el canto que molicie inspira!
¡Fortificad el alma de Granada!
¡Que dedos de mujer pulsen la lira,
la mano varonil busca la espada!

AYUB. Abu Ishac, todas las glorias
con la guerra no se alcanzan,
ni un pueblo vive tan sólo
del dominio de las armas.
Necesita de la paz,
porque en la paz se trabaja.
¿Qué dirías, si a la vuelta

de una gloriosa campaña,
tu troje hallases vacía,
desmantelada tu casa,
silenciosos los telares
y las forjas apagadas?
¡Mientras tú la ley extiendes
con el filo de tu espada,
nosotros tejemos telas,
labramos tierras y armas,
cuidamos tus propios bienes,
y las galeras que zarpan
de los puertos de Almería,
Algeciras, Adra y Málaga,
llevan hasta los confines
de las tierras más lejanas,
con nuestros ricos productos
el esplendor de Granada!

ISHAC. Del Profeta los rudos compañeros
jamás ciñeron ricas vestiduras.
Su corcel fué su trono y las llanuras
su alcázar, y al fulgor de sus aceros
lloraron las naciones, cual mujeres
al cautiverio de su harén sujetas...
¡Si tuviese poder, Ayub!... ¡Qué quieres!
¡colgaba de una almena a los poetas
y echaba al muladar los mercaderes!
Me fatiga el reposo del remanso;
mi mano no acaricia: es una garra.
¡Mi deber es la guerra, y mi descanso
hendir los cráneos con mi cimitarra!

ALY. Tus quejas son injustas. No sólo con las armas
a nuestro Dios servimos. No hay triunfo más
[fugaz
que los lauros guerreros. ¡El polvo que te cubre
en los recios combates perdura mucho más!
¿Sólo bélicas glorias hicieron inmortales
a los nobles Kalifas de Córdoba y Bagdad?
¡Mucho más que la espada de los bravos cau-
[dillos
ensalzaron los sabios las glorias del Islam!
(Suenan músicas y atambores. Aly y todos se vuelven hacia el lado del trono.)

Mas ¡silencio! ¡Se acerca seguido de su corte
como el sol entre estrellas, nuestro Emir Alha-
[mar!

(A la derecha del trono se descorre un rico tapiz de Siria, con áureos borlones y rapacejos de plata, y aparece el cortejo real. Primero, los Heraldos con sus mazas y trompetas de oro, vestidos de seda carmesí. En sus petos fulguran bordadas las armas de Alhamar: un escudo atravesado diagonalmente por una banda, sujeta en los extremos por heráldicas bocas de dragones. Se adelantan, colocándose en la gradería del trono. Alhamar aparece grave y solemne, envuelto en el sayo negro bordado de esmeraldas, ciñendo el verde turbante entrelazado con hilos de gruesas perlas de los nobles descendientes del Hegiaz. Tras él, los pajes, vestidos de azul y plata, los nobles de su guardia andaluza y los soldados de su guardia africana. Los andaluces, armados de largas espadas, ostentan en sus motes y divisas, en sus marlotas y penachos, todos los colores de las más nobles familias del Islam. Se abren en forma de media luna y rodean el trono. Los de la guardia africana, vestidos de blanco, se agrupan en torno de todas las salidas del recinto, y apoyados en sus alabardas, custodias las puertas. El Emir se sienta majestuoso. La cúpula mayor del techo, que da sobre el trono, se abre misteriosamente, a compás de una música invisible, y parece que los genios y las huríes deshojan sobre Alhamar las más fragantes flores del Paraíso. La tarde penetra a través de los ajimeces en oleadas de púrpura y de oro, incendiando las labores de los moros y arrancando relámpagos de iris a las joyas y a las armas. En la quietud del momento se oye el latir de las fuentes, como un corazón sonoro, y el encanto armonioso de los ruiseñores que se arrullan en los quioscos de los jardines, en los cipresales del cementerio real, y en los cármenes y en las alamedas del Darro. En la grada más alta del trono, se sien-

ta la Sultana Aixa, que aparecerá envuelta en su velo, y en torno de ella, Sobeya, Leila Hassana, Zahara y las demás esclavas.)

ESCENA VI

Los mismos; Alhamar, Aixa, Sobeya, Leila Hassana, Zahara, Esclavas, Pajes, Heraldos, Caballeros y Guardias.

ALY. (*Inclinándose reverentemente ante las gradas del trono.*)
¡Salve, Emir de los creyentes!
¡El Señor guarde tus días!

AYUB. (*Idem.*)
¡Tu magnificencia es río
que la tierra fertiliza!

BEKA. (*Idem.*)
Mar sin riberas te llaman,
¡tal es tu sabiduría!

OMAR. (*Idem.*)
¡Fortaleza del Islam!

FAT. (*Inclinándose reverentemente ante las gradas del trono.*)
¡Amparo de Andalucía!
(*Todos se prosternan. La música cesa. Se hace un silencio profundo. Sólo las fuentes y el aliento de los jardines perfuman la estancia de frescura primaveral.*)

ALHA. (*Solemnemente.*)
¡Que la paz de Dios sea con vosotros, y pródiga derrame en vuestra casa y en la de vuestros hi-
[jos
todas las alegrías! ¡Que el Angel os conduzca por la tierra lo mismo que por un Paraíso!
(*Pausa breve. Ayub se aproxima seguido de sus esclavos, que portan en bandejas de oro telas multicolores, tan finas, que parecen tejidos de aire y de luz. Se inclina reverentemente, y tomando con suavidad, de manos acostumbradas a la caricia de las sedas, un rico velo amaranto bordado de oro, se lo presenta al Emir.*)

AYUB. (*Postrándose.*)

¡Salve, Emir de los creyentes!
Yo te ofrezco de rodillas
esta tela que tejieron
telares de tu Kadima,
con la seda de tus vegas,
con el oro de tus minas...
Ni en Damasco, ni en Venecia,
se tejen telas más finas...
Entera cabe en el puño
de tu esposa favorita...
¡Parece un velo de hadas
y no un manto de odaliscas!
(*Dos pajes conducen las bandejas de oro sobre una rica mesa de mosaico a la izquierda del trono.*)

ALHA. (*Después de haber examinado de trasluz la tela.*)
Dios te premia, Ayub. Mas quiero
recompensar tu tesoro.
Toma mis llaves de oro.
¡Te nombro mi Tesorero!
(*Saca del pecho un pequeño manojo de llaves áureas, primorosamente trabajado, y se lo entrega al mercader. Ayub se inclina reverentemente, y se aleja de las gradas, sin volver la espalda al Emir, seguido de sus siervos, que durante la relación anterior han permanecido postrados. Omar se aproxima también, seguido de sus esclavos, que portan en bandejas de oro los más ricos dones del Oriente. Cintillos de diamantes, joyeles de pedrería, ajorcas labradas, collares de perlas, huevos de avestruz, alfanjes damasquinos, telas vistosas: todo cuanto de bello y frágil existe sobre la tierra.*)

OMAR. (*Postrándose reverentemente ante las gradas*)
¡Señor, al puerto de Málaga
atracaron mis galeras,
cargadas hasta los topes
de las especies más bellas
de todo cuanto producen
juntos el mar y la tierra!
Golconda me dió diamantes,
Cachemira me dió telas,

Damasco joyas y armas
y Ormuz corales y perlas,
en cambio de los productos
de nuestras fértiles tierras...
¡Las riquezas de mis naves,
Alhamar, son tus riquezas!

ALHA. (*Después de examinar los dones que los pajes van colocando sobre la mesa de mosaico.*)
Dios te premie. Pero iguales
las recompensas serán.
¡Yo te nombro capitán
de mis galeras reales!
(*Omar, seguido de sus siervos, se retira con el mismo ceremonial que Ayub. Abu Ishac se adelanta. Le siguen sus esclavos, llevando sobre cojines de púrpura bordados en oro, las llaves de catorce fortalezas tomadas a los cristianos, y con ellas las espadas de sus alcaides rendidos. Por la puerta de la izquierda penetran también los vencidos, encadenados como traíllas, altivos y fieros en su desamparo. Dos filas de soldados bereberes les conducen. Los cristianos permanecen detrás de los esclavos en una fiera actitud, paseando sus miradas voraces y provocativas entre los nobles que les contemplan. Algunos muestran aún la sangre de sus heridas recientes.*)

ISHAC. (*Inclinándose.*)
Al frente de mis rudos africanos
invadí la frontera en algarada.
Herí y maté, hasta mellar mi espada,
cercenando gargantas de cristianos.
Como un ciclón atravesé la sierra;
bebieron mis corceles en el Tajo...
¡Doscientas mulas se derrengan bajo
el fuerte peso del botín de guerra!
A tus plantas, Señor, puso mi suerte
las llaves de catorce fortalezas,
y con ellas también vengo a ofrecerte
de sus bravos alcaides las cabezas.
(*Los esclavos presentan, arrodillados, las llaves y las espadas.*)

ALHA. Es, Abu Ishac, la gloria de tu nombre, mi or-
[gullo.
Te entrego los cautivos, y su rescate es tuyo.
Libra de esas pesadas cadenas a sus cuellos...
Ya que les has vencido, ¡sé clemente con ellos!
Pero también mi afecto, recompensarte espera.
Te nombro Adelantado mayor de la frontera...
Toma mi propia banda, ciñe mi propia espada,
¡y conquista mayores triunfos para Granada!
(Se quita la espada y la banda y se las da a Abu Ishac. Este se retira, acompañado de sus siervos, por la galería del fondo. Aben Fat se aproxima al Emir con un rollo de pergamino en la mano.)

ALHA ¿Qué me pide la gloria de Sevilla inmortal?

FAT. Señor, traigo los planos de otro nuevo hospital.
(Se los entrega al Emir, que los examina atentamente. En el silencio, pasan rumores de canciones, oleadas de perfumes y frescura de fuentes.)

ALHA. *(Contemplando los planos.)*
Jamás vieron mis ojos nada más sorprendente.
(Volviéndose y mostrándoselos a Aly ben Ibrahim.)
Aly, mira estas líneas, este trazo irreal...
¡Correr por los calados de estos arcos se siente
algo como la sangre de una vida inmortal!
¿Quién los trazó?

FATI. Fué un hijo del pueblo. Será asombro
de los siglos su nombre: Azhuna.

ALHA. ¡Daré espacio,
Aben Fat, a sus alas! Dile tú que le nombro
alarife perpetuo de mi real palacio.
(Se retira Aben Fat. Muruam se aproxima al trono, seguido de gentes del pueblo, obreros, jardineros y agricultores, que llevan en las más lindas canastillas que se tejieron con los mimbres del Genil y el Darro, todos los ricos productos que se fabrican en la ciudad y los más bellos dones que produce la vega.)
¡Cadí de mis cadíes, sostén de la verdad,
el Señor te bendiga! ¿Qué pasa en mi ciudad?

MURU. Señor, en su nombre vengo
a ofrecerte las más bellas
especies que se producen
en su recinto y su vega.
(*Muruam, inclinándose reverente. La gente del pueblo le imita.*)
¡Todo es tuyo, pues te debe
hoy, Granada, su grandeza!
La has vestido de jardines;
le ceñiste una diadema
de mil torres; la has poblado
de hospitales y academias,
de fábricas y de alcázares;
y abriste a la par sus puertas
de oro a todos los progresos
que existen sobre la tierra.
Mil fuentes cruzan sus calles
y mil canales su vega;
y cristianos y judíos,
desde sus remotas tierras,
atraídos por su fama,
vienen a vivir en ella.
Jamás la justicia dicta
fallos que justos no sean...
¡Ninguna en la paz le iguala
ni le aventaja en la guerra!
¡Desde que su trono ocupas,
gracias a tus providencias,
entre todas las ciudades
es Granada la primera!

ALHA. Justo es recompensarla. Doy libertad, perdono
a todos los que gimen en sus mazmorras. Quiero
que en este aniversario de mi subida al trono
nadie pueda quejarse. Destinaré el dinero
de mi erario y el precio de este botín de guerra,
a premiar el esfuerzo de los trabajadores,
lo mismo del labriego que cultiva la tierra
que del señor que cuida que su jardín dé flores;
del sabio, del artista... ¡De todos los que han [hecho
de Granada la bella Sultana de Occidente!...
¡Con las más ricas joyas adornaré su pecho,

y con un nuevo alcázar coronaré su frente!

ALY. Señor, ya la has poblado de frondosos vergeles,
de fuentes y de alcázares que envidiara Bagdad,
de torres y mezquitas, de baños y laureles...
En la tierra no existe más hermosa ciudad.

ALHA. Sin embargo, le falta a tan bella Sultana
su corona. Una altiva corona soberana
como jamás los hombres idearon. En sueños
lo han mirado estos ojos que ha de comer la [tierra.

(*Pausa breve, como recordando.*)
Descansaba ayer noche de mis locos empeños
en las blandas delicias que mi alhamie encierra,
cuando soñé... Volvía de un extraño paisaje
cabalgando en la yegua sagrada de Azrael,
cuando súbitamente detuvo del rendaje
una mano invisible mi fogoso corcel.
Vi a un joven alarife que, apoyado en un puente,
algo extraño en los aires estaba contemplando.
Sus ojos eran negros y pálida su frente.
Yacía inmóvil, como si estuviese soñando.
¿Qué haces?—dije—. ¿Qué pena tu espíritu [acongoja?
¿Por qué así permaneces ensimismado y triste?
—Señor, miro un alcázar en la Colina Roja.
¡Un alcázar más bello que todo cuanto existe!—
Y me mostró su sueño... ¡Y mi reino daría
por hallar a ese hombre!

ALY. Ese hombre, señor,
va unido a tu destino, según la profecía.
Será la estrella hermana que aumente tu es- [plendor.
Los astros lo presagian. Compartirá tu gloria;
sobre todos los príncipes tu nombre hará in- [mortal,
confundirán los siglos la tuya y su memoria...
¡Tú serás la grandeza y él será el ideal!
(*Se adelanta Abul Beka, seguido de una esclava nubia, bella como una estatua de basalto, que lleva sobre una artística bandeja de plata cincelada un gomil de oro donde se abre una in-*

mensa rosa de Alejandría. Sobeya les sigue. Alhamar, al verle, sonríe dulcemente.)

ALHA. Y mi poeta, ¿qué trae?

BEKA. *(Mostrando el presente del paje y sacando del seno una larga tira de papel de hilo.)*
Una flor y una Kasida.
(Le presenta la flor al Emir, que él aspira con delicia.)
La flor la corté en tus cármenes,
donde temblaba de dicha,
orgullosa de poder
servir de encanto a tu vista.
Y si tú le das la venia
que ella, humilde, solicita,
Sobeya, la más hermosa
de las damas granadinas,
ante el fausto de tu corte
recitará mi Kasida...
Una Kasida a las fuentes
de tu ciudad favorita.

ALHA. La flor acepto, Abul Beka;
pero oigamos la Kasida.
(Se hace un silencio profundo. En torno del trono, formando una media luna, se agrupan los nobles. Los esclavos y los guardias permanecen inmóviles, y hasta el rumor del agua parece amortiguado para oír. Todo da la sensación de un oído pegado a la tierra para espiar los pasos de la felicidad.)

SOBE. Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?
Todo reposa en vago encantamiento
en la plata flúida de la luna.
Entre el olor a nardos que se aspira en el viento,
la frescura del agua es como una
mano que refrescase la sien calenturienta.
El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño, y al oído
del silencio le cuenta
las leyendas que viven, a pesar del olvido,

y bajo las estrellas de la noche tranquila
tiene palpitaciones de corazón herido.
¡La voz del agua es santa!
Quien la profunda música de su acento adivina,
comprenderá algún día la palabra divina...
¡El agua es guzla donde Dios sus misterios
[canta!
Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?
Una gorgoteante, suspira entre las flores
de un carmen, esperando la mano de un ensueño
que abra a la blanca luna sus claros surtidores
para dar a la noche sus diamantes de sueño;
y mientras, sobre el mármol, una a una, des-
[grana
las perlas de sus ricos collares de sultana.
Algunas se despeñan como ecos de torrente,
y entre las alamedas descienden rumorosas,
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente
en féretros de espumas, cadáveres de rosas.
Otra, por las paredes resbala, lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
como si poco a poco, por una estrecha herida
se fuese desangrando hasta quedar sin vida.
Las hay ciegas, y en ellas
llora toda la móvil plata de las estrellas.
Hay en el aire tanta humedad que da frío.
La noche, un fresco aroma acuático deslíe.
El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
y dominando el gárrulo y eterno murmurío,
se oyen plañir las roncas serenatas del río...
¡La sangre de Granada corre por esas fuentes,
y en el hondo silencio de las noches serenas,
al escuchar sus músicas sobre los viejos puentes,
la sentimos que corre también por nuestras ve-
[nas!
Aduerme nuestro espíritu su musical encanto;
bebemos el ensueño de sus respiraciones;
penetra hasta la carne en lentas filtraciones
y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto...

Las fuentes de Granada...
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?
(Un relámpago deslumbrante de belleza ilumina los rostros, y un estremecimiento de gloria recorre todos los mantos y parece agitar los tapices.)

ALHA. *(Haciendo un esfuerzo supremo para contener su emoción, con la voz trémula.)*
Tan bella es tu Kasida, Abul Beka, que quiero
que la esculpan en cúficos caracteres de oro,
en la fuente más bella del palacio en que moro
para que sirva siempre de encanto al pasajero.
Son los versos, en medio de nuestra vida in-
[quieta,
palmas a cuya sombra soñamos el amor...
¡Quien no escucha los cánticos divinos del poeta,
es como el que desoye las voces del Señor!
La corona más noble de un Rey es la poesía...
¡Si la tuya, Abul-Beka, pudiese ser pagada,
y yo fuese el monarca del mundo, te daría
por cada estrofa una ciudad como Granada!
Para pagar tus versos es pobre mi tesoro.
Mas ya que no tus versos, pagar puedo tu flor...
Toma mi regio anillo con mis sellos de oro...
¡Yo te nombro, Abul Beka, secretario mayor!
(Se quita el anillo y se lo da al poeta, recogiendo, en cambio, la poesía, que se lleva sobre el corazón. Se oyen voces en los jardines.)

ALHA. Mas, ¿oyes?... Esas voces... ¿Qué pasa?

ALY. *(Asomándose al ajimez de la izquierda. El ruido se acentúa.)*
Tus soldados
persiguen a un obrero que quiere penetrar
en tu alcázar.

ALHA. *(Recobrando súbitamente su majestad y dejando los planos en la mesa.)*
¡Que entre! ¡Nunca estarán cerrados
para nadie los regios salones de Alhamar!
(Aly ben Ibrahim va a cumplimentar la orden, cuando resuenan cerca de la puerta de la iz-

quierda voces de soldados y acentos de súplica. Parece que alguien forcejea desesperadamente. El crepúsculo empieza a deshojar sus rosas de púrpura en la estancia.)

ESCENA ULTIMA

Todos los personajes.

VOCES. *(Fuera.)*
¡Atrás! ¡Atrás!
AZHU. *(Con la voz suplicante.)*
¡Dejadme!... ¡Quiero ver al Emir!
VOCES. *(Fuera.)*
¡Detenedle!... ¡Está loco!
OTRAS. *(Fuera.)*
Está demente... ¡Atrás!
(Se oye el rumor en la galería de la izquierda. Los tapices se agitan violentamente como si tras ellos luchasen.)
VOZ. *(Imperiosamente.)*
¡Heridle si es preciso!
(Aparece bajo el arco de la izquierda Azhuna, pálido, desgarradas las vestiduras, luchando con los soldados y los nobles que quieren detenerle.)
AZHU. ¡Tened piedad de mí!
¡Dejadme verle!
SOLD. ¡Fuera!
(Azhuna hace un esfuerzo supremo y se desprende de los que lo sujetan, dejando en sus manos jirones de la túnica. Tras él penetran los señores con la espada desnuda. Azhuna da un grito y corre a abrazarse a las rodillas de Emir.)
AZHU. ¡Piedad, señor, piedad!
ALHA. *(Con un gesto solemne, deteniendo a los soldados y a los nobles que quieren apoderarse de Azhuna. Este tiembla, abrazado a sus rodillas, besándole los borceguíes y las orlas del sayo.)*
Deteneos... ¿Qué es esto? ¿Quién se atreve, imprudente,
sin mi venia, su espada desnudar ante mí?

(Todos se inclinan y envainan los aceros. Los guardias y los pajes ocupan sus puestos, y en el centro de la escena quedan en semicírculo los caballeros. Al lado del Emir permanece Aly ben Ibrahim.)

Decid pronto, ¿qué pasa?

ISHAC. Señor, es un demente
que encontraron los guardias vagando en tu [jardín.

MURU. Dice que ve un alcázar en los aires.

OMAR. Quería
penetrar sin permiso en tu mansión real.

AYUB. No escuchó a los genízaros que guardan la ar- [quería.

ISHAC. *(Señalando a Azhuna.)*
¡Está loco!... ¡Miradle!

AZHU. *(Abrazándose de nuevo a las rodillas del Emir.)*
¡Piedad, señor, piedad!

FAT. *(Entrando y acercándose al Emir, Fat clava en él los ojos suplicantes.)*
Alhamar, es Azhuna... el que trazó los planos
de ese nuevo hospital.

ALHA. *(A Azhuna, paternalmente.)*
Levanta.

AZHU. *(Coge las manos del Emir y las cubre de besos.)*
¡Pero deja que te bese las manos!

ALHA. *(A todos.)*
¡Os presento a mi nuevo alarife real!
(La luz del crepúsculo se va extinguiendo. Todo queda en penumbra. Sólo la Colina Roja fulgura como una joya de iris reflejando las últimas luces vespertinas. A Azhuna:)
¿Qué quieres de mí, Azhuna?

AZHU. *(Con los ojos febriles, en un arranque de genio, como quien trae el tesoro más fabuloso del mundo.)*
¡Señor, vengo a ofrecerte
un alcázar cual otro en el mundo no habrá!
Lo he soñado cien veces antes de conocerte...
¡Oculto en lo más hondo de mi espíritu está!
Alcázar de las Perlas le llamo desde el día
en que, flotando, incierto en mis sueños le vi...

El mismo Paraíso su gloria envidiaría.
¡Tan rico es, y tan bello!

ALHA. (*Temblando de emoción.*)
¿Dónde le ves?

AZHU. (*Señalando la Colina Roja.*)
¡Allí!

(*Todos se vuelven al ajimez del centro, y un grito de admiración ensancha todos los corazones. Como a un conjuro misterioso, el crepúsculo teje, con los celajes que coronan la Colina, un palacio de maravillas, de torres de alabastro, de columnas de mármoles y arcadas de oro, púrpura y añil.*)

Siempre allí le contemplo. ¡Ve, señor, cómo toma realidad mi quimera!

(*El palacio fantástico tiembla y desaparece con el último rayo de sol. Los ruiseñores cantan, y de la ciudad se eleva, pura y mística como una paloma, la voz del Muezzin, congregando a los fieles a la oración de la tarde.*)

MUEZ. ¡Creyentes, a rezar!
¡No hay más que un solo Dios, su Profeta es [Mahoma,
y su siervo Alhamar!

(*Otra voz más lejana repite el canto, y luego otra, hasta formar un coro. Todos se prosternan mirando a Oriente. Por el hueco del ajimez de la derecha se alza majestuosa, en un cielo de zafir, la media luna de plata.*)

TELON LENTO

ACTO SEGUNDO

Un jardín en el Alcázar de la Alhambra. Al fondo, entre el verdor de la arboleda, se destaca la galería de un patio. A la izquierda, y en declive, una alta tapia de ladrillo cubierta de enredaderas. En el primer término de esta tapia, un portillo que da al campo. En el centro de la escena una glorieta de cipreses y naranjos con un surtidor en el centro. Avenidas de rosales y de mirtos. Estanques ceñidos de arayanes. En el primer término de la derecha, un gran quiosco, con bancos de piedra cubiertos de almohadones riquísimos. Es de noche. La escena está iluminada por las fantasmagorías del plenilunio. Millares de pequeños farolillos de colores muy vivos penden de los árboles. Cuatro grandes lámparas de plata alumbran el quiosco. Suenan a lo lejos canciones y músicas. Cruzan por el fondo pajes con antorchas encendidas.

ESCENA I

Sobeya y *Azhuna*. *Sobeya*, en el quiosco, escuchando la canción.

Una voz de mujer. *(Recitando en un quiosco que se supone próximo al de la derecha.)*

Mis dardos lancé a los cielos,
mas de los cielos bajaron
y en mi pecho se clavaron...
¡Amor, no juegues con celos,
que igual que los dardos son!...
¡Al cielo los dirigimos,
pero en vez del cielo, herimos
nuestro propio corazón!
Su brillo esconde la perla
bajo las aguas marinas...
Si la rosa tiene espinas
¿cómo no herirse al cogerla?
¡El romero es muy amargo,
más amargo que la hiel;
la abeja de él, sin embargo,
saca su más dulce miel!
Con esta máxima vieja

doy consuelo a mi dolor:
como el romero a la abeja
los celos son al amor!
(*Cesan la música y la voz. Un perfume de primavera impregna la noche de voluptuosidad. Los ruiseñores cantan en los naranjos floridos, y todo parece hecho para el amor. Azhuna aparece por la derecha y se dirige rápidamente en busca de Sobeya, al quiosco.*)

AZHU. ¡Sobeya, por fin te miro!

SOBE. ¡Azhuna, por fin te veo!...
Desde que no te miraban
mis ojos estaban ciegos.

AZHU. ¡Pobres ojos, pobres ojos,
las lágrimas que vertieron,
ya que no puedo enjugarlas,
he de pagar con mis besos!
(*La besa en los ojos.*)

SOBE. (*Abrazándose a Azhuna.*)
¡Qué feliz soy a tu lado!
Entre tus brazos me siento
morir de dicha... Parece
que son mi alma y mi cuerpo
tan pequeños, que podrían
deshacerse entre tus dedos.
Oye... Escucha cómo late
mi corazón en el pecho.

AZHU. (*Poniéndole la mano sobre el corazón.*)
Palpita bajo mi mano
igual que un pájaro preso.
¡Corazón, corazón mío,
cuántas ternuras te debo!
¡Qué buena fuiste conmigo!
(*Pausa. Recordando.*)
Yo era un pobre y triste huérfano
abandonado en el mundo,
sin otro amparo que el Cielo...
¡Y, sin embargo, sentía
a veces mi pensamiento
surgir un mundo de gloria,
de esperanzas y de anhelos!
Al acariciar mis ojos

los más ricos monumentos
de la ciudad, sollozaba
de admiración y de celos...
¡Oh, dejar, dejar al mundo
tangibles, firmes y bellos,
los fabulosos alcázares
que poblaban mi cerebro!...
¡Darle forma a mis quimeras!
¡Tallar en piedra mis sueños!...
Por todas partes veía
alcázares en el viento,
y a gritos lo que miraba
iba a las gentes diciendo.
Una tarde, estaba solo,
tendido en el parapeto
de un puente del Darro, fijos
los ojos y el pensamiento
sobre la Colina Roja,
donde los rayos postreros
del crepúsculo fingían
maravillosos portentos...,
¡y vi alzarse en la Colina
el palacio de mis sueños!
Con mano rápida y ágil,
en larga tira de cuero
copiaba cuanto veía...
¡Casi llegaba a su término,
cuando al morir el crepúsculo
todo se extinguió en el viento!...
Y lloraba de impotencia...
Y mis pupilas te vieron
que a mi lado, muda, inmóvil,
a mi locura asistiendo,
me mirabas compasiva,
el rostro libre del velo...
¡Y al contemplar tu hermosura
quedé de hermosura ciego!...
—¡Trabaja, estudia y espera!—
me dijiste sonriendo:
—¡El alcázar que soñaste
también mis ojos lo vieron!—
¡Y también como mi alcázar,

te disipaste en el viento!...

SOBE. ¡Ya verás, Azhuna, cómo
se realizan nuestros sueños!

AZHU. ¡Yo soñé hacer un alcázar
de tan ricos aposentos,
que recordase a los hombres
las maravillas del Cielo!...
¡Y en sus mágicas estancias,
los dos, igual que en un sueño,
unidos en un abrazo,
y fundidos en un beso,
pasar las horas veríamos
sin reparar en su vuelo!
¡Mas todo desvanecióse;
y es tal mi dolor, que llego
a maldecir de mí mismo,
porque realizar no puedo,
a pesar de tantas luchas,
el alcázar de mis sueños!...
(*Se oyen de nuevo músicas cercanas.*)

SOBE. Gente llega... Ven; que sepa
Alhamar tus desalientos,
que él ha de encontrar, Azhuna,
para tus males remedio.
(*Se lleva de la mano a Azhuna por el quiosco de la derecha.*)

ESCENA II

Abu Ishac, Omar y *Abul Hassan,* aparecen por el fondo.

OMAR. (*Contemplando los jardines.*)
Nunca fiestas tan espléndidas
mortales ojos soñaron.
¡Las luces de estos jardines
alumbran más que los astros;
y son tan dulces las músicas
y tan suaves los cantos,
que los mismos ruiseñores
se callan avergonzados!

ISHAC. (*Con ruda ironía.*)
¡Parece que hemos de nuevo

a Córdoba conquistado!
ABUL H. ¡Ni Almanzor celebró fiestas
tan ricas, ni cuando trajo
en hombros de los cautivos
las campanas de Santiago!
OMAR. Después que nuestras banderas
victoriosas tremolaron
sobre los muros de Murcia,
de Jerez, Lebrija y Arcos;
cuando en Alcalá ben Zaide
los ejércitos cristianos
cayeron bajo la espada
cual mies segada en el campo;
Alhamar, traidor o débil,
en lugar de exterminarlos
y recuperar Sevilla,
Córdoba, Jaén y Martos,
con el rey Alfonso Décimo
celebra treguas y pactos,
¡y perdemos en las paces
cuanto en la guerra ganamos!
ISHAC. (*Exaltándose de ira.*)
¿Y hemos de sufrir pacientes
tales afrentas? ¿Acaso
para siempre se ha extinguido
aquella raza de bravos
que desde Oriente a Occidente,
sobre el arzón del caballo,
como a una virgen cautiva
a la victoria arrastraron?
Bien está que las mujeres,
prisioneras del serrallo,
gusten de guzlas y adufes,
de perfumes y de cánticos.
¡El guerrero sólo ama
la lanza, el escudo, el casco,
el rumor de la pelea
y el estruendo del asalto!
Su cuerpo, más que en la danza,
es ágil sobre el caballo,
mejor que la guzla pulsa
la cimitarra su brazo,

y sólo gritos de muerte
saben exhalar sus labios.
Para el jardín, las palomas;
los leones, para el campo,
que no se hicieron las garras
ni las zarpas se han creado,
para ir deshojando flores
ni andar a caza de pájaros...
En una palabra: ¿Somos
hombres o somos esclavos?
¡Si somos hombres, la lucha,
hasta sucumbir luchando;
y si esclavos, desnudemos
nuestras espaldas al látigo,
para que escriba con sangre
nuestra deshonra el tirano!...
Mas, en fin, sobran razones,
y aquí obrar es necesario...
¡Que enmudezcan nuestras lenguas
y empiecen a hablar las manos!

OMAR. En la Vega están mis gentes
nuestra señal aguardando.
Si la fortuna es adversa,
ellas nos darán amparo,
protegiendo nuestra fuga...
Por si llegara este caso
—¡Dios no lo quiera!—y pues es
de cuerdos ser avisados,
tengo junto a este portillo,
para poder escaparnos,
ocultos en la espesura
diez corceles enjaezados.

ISHAC. Tú, Abul Hassam, ¿preveniste
tus gentes?

ABUL H. ¡Tan sólo aguardo
a que Muruam lance el grito
para empezar el asalto!
En el Albaicín me esperan
cuatro mil hombres armados...

ISHAC. ¡Malhaya aquel que confía
en los ajenos cuidados!
¡Valen más de un hombre vivo

con ser sólo dos, los brazos,
que los ocho que algún día
a la fosa han de tirarlo!...
¡No te fíes de Muruanes,
que siempre salieron falsos!
(*Pausa breve.*)
¿Para qué andar entre sombras?
¡Mejor es salirle al paso,
y en medio de estos jardines,
como a un perro, apuñalarlo!

ABUL H. Mas no perdamos el tiempo.
Cada cual a su trabajo.
Yo, al Albaicín.
(*A Omar.*)
Tú, a la Vega,
¡y tú, Abu Ishac, vigilando
quedas en estos jardines
para iniciar el asalto!
(*Se dirige al portillo, y desde él los saluda.*)
¡El Señor os acompañe!
(*Omar y Abu Ishac se inclinan.*)

OMAR. ¡El dirija, Hassam, tus pasos!
(*Sale Abul Hassam.*)

ESCENA III

Omar y *Abu Ishac.* Abu Ishac se reclina pensativo sobre el tronco de un árbol de la izquierda.

OMAR. (*Confidencialmente.*)
¿Qué mal te aflige? ¿Qué dolor rebosa
tu corazón indómito, que a veces,
como bajo una sombra pavorosa
te agitas convulsivo y palideces?

ISHAC. (*Con tristeza desesperada.*)
¡Como un perfume que arrebata el viento,
pasaron para mí las horas bellas!
Mis sombras alumbraron un momento
con sus ojos de plata las estrellas;
mas fuéronse apagando, una por una,
y la noche envolvió mi pensamiento
y abandonó mis pasos la fortuna.

Como si fuese agua, la alegría,
entre mis manos para siempre ha huído,
y hoy es mi corazon copa vacía...
¡todo cuanto anhelaba lo he perdido!
¡Oh! ¿Quien me arrebato mi única prenda,
joyel fulgente de esmeralda y oro?
¿Qué pie descalzo penetró en mi tienda
a robarme en la noche mi tesoro?
¿Para que mis corceles, esos nobles
hijos del viento? ¿Para qué mi espada,
capaz de un tajo de segar los robles?
¡Tan enemiga se mostro la suerte,
que en mi estéril dolor no anhelo nada
sino el olvido eterno de la muerte!

OMAR. Todo humano dolor tiene esperanza.
El hombre valeroso no se abate
en tanto pueda manejar la lanza
y triunfar o morir en el combate.
¿Qué has hecho, di, de tu poder? ¿No siente
tu corazón la antigua fortaleza?
¡Y la arrogancia ha huído de tu frente
y tus ojos perdieron su fiereza!
De tu padre el valor se ha sepultado,
con él en el sepulcro, y en las venas
la sangre generosa se te ha helado...
¿Quién, león, ha cortado tus melenas?
¡Ah, si tu padre abandonar pudiese
el reino pavoroso de la nada,
el rostro de vergüenza se cubriese
viendo su sangre tan degenerada!

ISHAC. (*Con voz emocionada.*)
Escucha, escucha, Omar. ¿Viste à Sobeya?
Si deslumbró tus ojos su hermosura
¿pudiste ver, después, cosa más bella?
¿Puede existir otra creación más pura?
(*Al recuerdo se exalta.*)
Parecen sus guedejas desprendidas,
al proyectar sus sombras en la tierra,
el estandarte de los Abbasidas
que conduce los fieles a la guerra.
¡Petos no hay que resistir lograran,
ni en Bagdad ni en Damasco fabricados,

las flechas tenebrosas que disparan
los negros en sus ojos emboscados!
Su hermosura es altiva ciudadela
que al asalto y al ímpetu provoca...
¡Es fina y ágil como una gacela
y tan dura y tenaz como una roca!
(*Pausa breve. Recordando.*)
¡Vagaba yo una noche, meditando
proezas dignas de humillar la fama,
por los jardines del alcázar, cuando
en mi camino apareció una dama!
Su fino velo levantóse al viento,
y contemplé su rostro pensativo
blanco de luna... ¡Desde aquel momento
no sé si vivo en mí o en ella vivo!
¡Y desde entonces se eclipsó mi estrella,
y oculta pena el corazón me hiere
sin esperanza, porque soy de aquella
tribu indomable que de amor se muere!
(*Con desesperación.*)
¡Bajel sobre las olas zozobrante,
tan sólo aguardo, en mi dolor tan hondo,
que abra el mar sus abismos un instante
para enterrar mis penas en su fondo!

OMAR. (*Animándole.*)
¡Jamás te entregues a la adversa suerte;
libra de esas tristezas tu memoria!
¡La gloria y la mujer aman al fuerte,
y al cobarde desprecia la victoria!
Da al olvido la causa de tus males
y recobra la paz, pues las hermosas
doncellas son lo mismo que rosales
que a todos los que pasan les dan rosas.

ISHAC. (*Con celosa expresión.*)
Ella tan generosa es con Azhuna
como avara y colérica es conmigo...

OMAR. (*Riendo desdeñosamente.*)
¿Ella al lado de Azhuna?... ¡Es como una
fresca rosa en las manos de un mendigo!

ISHAC. (*Con tristeza.*)
Al Alarife nuestro Emir exalta
sobre todos. Su mano se la entrega...

OMAR. (*Enérgicamente.*)
¿Hay espiga, Abu Ishac, aun la más alta,
que respeten las hoces en la siega?
¿Qué te importa Alhamar? Tú eres más fuerte...
Contra su trono tu poder descarga...
¿Las flechas sibilantes de la Muerte
no conocen la fuerza de tu adarga?
Tu pendón flota en veinte baluartes,
tienes más grandes hechos en tu abono...
¡Alza contra Alhamar tus estandartes,
y a la par que tu amor, conquista un trono!
Todo está preparado... Cien facciones
se alzarán por nosotros... ¿Qué más quieres?
¡Es hora de luchar como varones
y no de sollozar como mujeres!

ISHAC. (*Exaltado, como si renaciese en él toda su indómita bravura.*)
¡Te sobra la razón, Omar! Es hora
de volver por la fama de mi nombre...
¡Maldito aquel que cual las hembras llora,
pudiéndose vengar igual que un hombre!
Nada habrá de ceder a nuestro empuje...
Resuenen ya las cajas militares...
¡Ahora verán cómo despierta y ruge
el león orgulloso de Comares!
(*Se oyen por la derecha músicas y cantos. Pasan antorchas entre los árboles. Omar se vuelve, receloso.*)

OMAR. (*En voz baja.*)
¿No escuchas? Alguien llega... ¡Vamos presto
por el portillo, cuya llave guardo,
a revisar las tropas y a dar órdenes
para que se preparen al asalto!
(*Se lleva a Abu Ishac por el portillo, y cierra tras sí. Penetran por la derecha Alhamar y Azhuna conversando, seguidos de guardias y de pajes.*)

ESCENA IV

Alhamar, Azhuna, un *paje, soldados* y *pajes.*

ALHA. (*Cariñosamente.*)
¡Vuelve en ti, noble Azhuna! Tu ánimo recupera;

en tu auxilio de nuevo llama a la inspiración...
¡El mágico conjuro de tu cincel espera
para surgir del caos la más bella creación!

AZHU. (*Con desaliento.*)
¡No puedo, Emir, no puedo! Es inútil... En vano
esta mano crispada mi altiva sien golpea.
¡La realidad del sueño es agua entre mi mano
y la forma indomable se rebela a la idea!

ALHA. ¿Aspiras, por ventura, a más rico tesoro?
Pídeme cuanto quieras... ¡Para recompensarte
yo vaciaré mis arcas, aun cuando todo el oro
de la tierra es bien poco para pagar tu arte!
¿Es que al amor despiertas y sed de besos tie-
[nes?...
¿Te hablaron ya los nardos de carnes de don-
[cellas?...
Habla... ¡Mis propias manos te abrirán mis ha-
[renes,
para que en ellos busques las vírgenes más be-
[llas!
¿Ceñir quieres la altiva corona de Granada?
Dilo, Azhuna, y yo mismo la prenderé a tu
[frente.

AZHU. (*Desoladamente.*)
Ni riqueza, ni honores, ni amor... ¡No quiero
[nada!
¡Tu amistad me ha colmado de todo regiamente!

ALHA. ¿Por qué entonces mis súplicas no atiendes?

AZHU. (*Con un gesto de impotencia.*)
¡Bien quisiera;
pero en mis horizontes la luz del sol declina,
y no me queda un rayo, ni un reflejo siquiera
que escanciar en la roja copa de tu colina!
En vano llamo al genio nocturno. En vano invoco
los creadores relámpagos que iluminan la men-
[te...
Las sombras, sobre el alma, descienden poco a
[poco...
¡Soy mudo que agoniza sin decir lo que siente!

ALHA. Húndete de las dudas en las olas bravías,
y encontrarás las perlas...

AZHU. ¡Encontrarlas anhelo!

Me hundo en el mar, y salgo con las manos va-
[cías.
¡Dios no lo quiere!... ¡Cúmplase la voluntad del
[cielo!

ALHA. *(Gravemente.)*
Es inmutable, Azhuna, el fallo del destino...
Escrito está con astros sobre inmortal zafir...
Cada espíritu tiene marcado su camino...
¡Todo cuanto está escrito se tendrá que cumplir!
(Queriendo convencer a Azhuna.)
¡Recuerda: yo era sólo un mísero mancebo
huérfano que labraba mis tierras en Arjona,
y ahora, ya ves, prendida sobre el turbante llevo
de Granada la regia y sin igual corona!
(En voz más baja, paternalmente.)
¡La voluntad suprema ha unido nuestra suerte!
Yo soy mina que arroja los ásperos metales,
y tú eres el artífice cuyo cincel convierte
el metal tosco y duro en joyas inmortales...
¡No te amilanes nunca! Inspiración te sobra
para dar feliz término a la empresa intentada,
¿o dejarás que muera, sin acabar, tu obra,
el florón más espléndido de la hermosa Granada?

AZHUN. *(Emocionado y lleno de entusiasmo.)*
Es verdad, mis cinceles han creado portentos,
sutiles minaretes y altivas atalayas.
¡Di a Granada corona de ricos monumentos
y le ceñí un purpúreo cinturón de murallas!
En la Colina Roja acumulando he ido
todo cuanto de bello pudo soñar el arte.
Un alcázar de hadas mi cincel ha tejido
dentro de las murallas de un fuerte baluarte.
¡Fulgen sobre sus muros cabalísticos giros;
del amor y el ensueño agrandé los confines,
labrándote este vívido estuche de zafiros
para las esmeraldas de tus regios jardines!
(Como en un sueño.)
Mas yo soñé otro alcázar, divino y refulgente,
donde en constante fiesta y en un perpetuo estío,
como en el Paraíso prometido al creyente
ni el calor se sintiera ni se notase el frío.
¡Un alcázar de fúlgidos y etéreos pabellones,

con fuentes de alabastro y lámparas de oro,
en cuyos patios llenos de aromas y canciones,
al son de ocultas músicas, en armonioso coro,
tejan danzas de amores odaliscas lascivas,
y los ojos se entornen de placer para verlas,
y donde el agua corra en gotas fugitivas
semejando una lluvia de desatadas perlas!
(*Abatido de pronto.*)
Llegué a tu trono en una tarde de Primavera
embriagado de orgullo a ofrecerte mi sueño...
¡Me diste medios para realizar mi quimera,
y hoy renuncio a lograrla sintiéndome pequeño!
Me vuelvo a mis tinieblas, sin gloria y sin lau-
[reles...
Los cielos han querido castigar mi insolencia...
¡Ya mis manos no pueden sostener los cinceles
y los rompo a tus plantas en señal de impotencia!

ALHA. (*Reconfortándole.*)
¡Jamás nos brinda en vano sus dones la Fortuna!
¿Qué obstáculos se oponen a cumplir mi deman-
[da?
¿Qué anhelas? ¿Qué pretendes?... ¡Responde
[pronto, Azhuna!
¡Tu amigo lo suplica y tu Emir te lo manda!

AZHU. (*Como el que se decide a revelar un secreto.*)
¡Pues bien, yo necesito atravesar la tierra
desde Oriente a Occidente, del Norte al Me-
[diodía,
para estudiar el arte que cada pueblo encierra
e impregnar de otro nuevo vigor mi fantasía!
¡Quiero estudiar las huellas que otros cultos de-
[jaran,
de todos los misterios penetrar los arcanos,
y te alzaré un alcázar como jamás soñaran
ni los genios celestes ni los dioses paganos!

ALHA. ¿Y ésa es la sola causa que tu dolor provoca?
Mis riquezas son tuyas... Partir puedes ma-
[ñana...
¡Torna presto a traerme el joyel de mi toca!

PAJE. (*Acercándose al Emir.*)
¡Señor, a vuestro encuentro se acerca la Sul-
[tana!

ESCENA V

Dichos, Sobeya, Aixa, damas, pajes y *esclavas.* Penetran por la derecha Aixa, Sobeya y las damas al son de las músicas. Todos se agrupan en torno del quiosco.

AIXA. (*Besando las manos de Alhamar.*)
¡Felices ojos que vuelven
a contemplarte, Alhamar!
¡Buscándote en los jardines
hace dos horas que están...
En vano cantos y músicas
me quisieron alegrar,
pues la dicha, sin tus ojos,
no es dicha, sino pesar!
(Se sientan en el banco de la puerta del quiosco.)
¿Mas qué hiciste en tanto tiempo?

ALHA. Por los jardines vagar
con Azhuna, oír las músicas...
Recordarte a ti y soñar.

ESCENA VI

Dichos y *Aly Ben Ibrahim,* que penetra precipitadamente por la izquierda.

ALY. (*A Alhamar, aparte.*)
Señor, buscándote vengo...
el noble Muruam te aguarda
y hablarte a solas desea
de un asunto de importancia.
(*En voz baja.*)
Parece que ya en sus manos
tiene el hilo de esta trama.

ALHA. (*En secreto.*)
¿Tú no sabes?

ALY. (*En secreto.*)
¡Sólo ha dicho
que redoblase la guardia
que custodia los jardines
y las puertas de tu alcázar!

El tiene ya el Albaicín
cercado...

ALHA. (*A todos.*)
¡Vamos, en marcha!
(*Se va por la izquierda, conversando con Aly, precedido de pajes con antorchas. Le siguen la Sultana y el acompañamiento.*)

AZHU. (*Deteniendo a Sobeya.*)
Quédate... ¡Tengo que hablarte!
(*Sobeya se queda.*)

SOBE. (*Señalando el quiosco de la derecha.*)
¡Siéntate bajo estas ramas!

ESCENA VII

Sobeya y *Azhuna* (sentados en el banco de piedra).

SOBE. Aquí me tienes. ¿Qué me quieres?

AZHU. (*Timidamente.*)
Tengo que darte una noticia...

SOBE. (*Sorprendida.*)
¿Una noticia?

AZHU. ¡Mas, tan triste,
que el labio no quiere decirla!

SOBE. (*Con ternura.*)
Pues habla, Azhuna... Esa tristeza
en siendo tuya será mía...
¡Siendo de dos una tristeza
ya no es tristeza, es alegría!
Dime, ¿qué pasa?

AZHU. (*Tristemente.*)
Fatigado
de no poder dar forma y cima
al gran ensueño de mi alma
hablé al Emir de mi partida...
¡La inspiración que aquí no encuentro
voy a buscar en otros climas!

SOBE. (*Con alegría.*)
¡Parte, abandona estos lugares,
tiende tu vuelo, golondrina,
ya que la nieve cubre el monte
y los rosales se marchitan!

AZHU. (*Con voz trémula de dolor.*)
Mas ¿dónde iré, si aquí me dejo
mi sol, mis ojos y mi vida?

SOBE. (*Con infinita ternura.*)
Mas ¿quién te ha dicho que irás solo?
Yo alegraré tu compañía;
seré en tus manos como un báculo,
y con mi amor y mis caricias
de los zarzales del camino
te iré quitando las espinas.
Y si a tus ojos rinde el sueño,
y el cansancio te fatiga,
sabré dormirte en mi regazo
como si fueras una niña.
Si en las arenas del desierto
sientes la angustia de la asfixia,
yo morderé mis propias venas,
y presentándote la herida
murmuraré: —¡Bebe mi sangre,
si ella tu ardiente sed mitiga!
(*Pausa. Se quedan mirándose extasiados.*)

AZHU. (*Loco de felicidad.*)
¡Háblame! ¡Encanta mis oídos!
¡Sigue en mi espíritu vertiendo
todas las glorias de la tierra,
todos los éxtasis del cielo!

SOBE. ¡Por las miserias de la vida
nos perderemos, como un vértigo
de amor, las manos enlazadas,
los labios juntos en un beso,
tejiendo con las realidades
guirnaldas para nuestros sueños!
¿Dónde alzaremos nuestra tienda?
¿Bajo qué arbusto, todo lleno
de blancas flores, nuestros cantos
deshojaremos a los vientos?
Habrá una luz de primavera;
brillará el mar como un espejo;
relucirán los minaretes
entre floridos limoneros...
(*Mirándole a los ojos.*)
Después, veré por tus pupilas

pasar visiones del desierto;
desfilar lentas caravanas
de melancólicos camellos;
y entre el verdor de las palmeras
junto a la cal del pozo nuevo,
brillar—marfiles rechinantes—
los blancos dientes de los negros.
Y cuando mustias nuestras alas
apenas puedan sostenernos,
suspenderemos nuestro nido
bajo el amparo de un alero,
en la casita que blanquea
entre floridos limoneros...

AZHU. (*En un arranque de esperanza, alucinado.*)
¡Y luego, abriendo nuestras alas
a nuestra patria tornaremos,
ciegas de luces las pupilas,
loco de amor el pensamiento,
a deslumbrar a los mortales
con el alcázar de mis sueños!

SOBE. (*Loca de amor.*)
¡Sígueme hablando, Azhuna mío!
¡Solos y pálidos soñemos
hasta que cieguen nuestros ojos
y hasta que ya no queden besos!
(*Se estrechan. Suenan tambores en el foro. Cruzan antorchas encendidas.*)

AZHU. (*Levantándose.*)
¿Oyes?

SOBE. (*Escuchando.*)
Resuenan atambores.

AZHU. (*Alarmado.*)
¡Veré qué pasa!...

SOBE. (*Resistiéndose a marchar.*)
Aquí te espero.
(*Señalando el quiosco. Se despiden. Azhuna se va por la derecha. Sobeya le sigue con la vista. Después se entra en el quiosco y se oculta en él. Se abre el portillo y aparecen cautelosamente Abu Ishac y Omar.*)

ESCENA VIII

Sobeya (en el quiosco), *Abu Ishac* y *Omar.*

ISHAC. (*Avanzando hacia la izquierda, con recato. En voz baja.*)
Prepara los corceles. Con tus gentes
ese camino y el portillo guarda,
mientras yo, con cautela, me deslizo
a indagar el motivo de esa alarma.

OMAR. (*Con la misma voz.*)
¿Recelas algo?

ISHAC. (*Mirando a todos lados.*)
Sí. Los Muruanes
fueron traidores siempre. ¡Son de raza!
Si nuestro plan se realizó, a los nuestros
por el portillo les darás entrada,
y si fuimos vendidos, como temo,
por él escaparemos de Granada.
Voy a buscar noticias.

OMAR. ¡Ve tranquilo,
que mi acero te guarda las espaldas!
(*Omar desaparece por el portillo, que entorna tras sí. Abu Ishac avanza hacia la derecha.*)

ESCENA IX

Abu Ishac y *Sobeya.*

ISHAC. ¡No más dudar! La suerte ya está echada...
¡Cúmplanse los designios de mi estrella!
(*Al acercarse hacia la derecha; Sobeya se asoma a la puerta del quiosco, creyendo que es Azhuna. Abu Ishac retrocede al verla.*)
¿Qué sombra en el jardín vaga encantada
para turbar mi espíritu?...
(*Reconociendo a Sobeya y dando un grito de júbilo.*)
¡Sobeya!

SOBE. (*Indignada por el engaño, sin poder contenerse.*)
Siempre el mismo, Abu Ishac. ¿Te has conver-
[tido,

en mengua de tu honor, en un espía?
¡Siempre tu acento lúgubre en mi oído,
siempre tu sombra tras la sombra mía!
¡Hasta en mis sueños a mi estancia vienes
a encadenarme en tu salvaje yugo,
y en el umbral inmóvil te detienes
clavando en mí tus ojos de verdugo!

ISHAC. (*Temblando de emoción.*)
¿Por qué el sonido de mi voz te espanta,
si es que al verme a tu lado, hablar no puedo
sin que ahoguen los sollozos mi garganta
y dé a mi faz su palidez el miedo?
(*Se rehace. Aproximándose a ella.*)
¡Cuántas veces sentí, de gozo mudo,
cercenando cabezas como espigas,
rebotar en mi peto y en mi escudo
las flechas y las lanzas enemigas!
¡Risueño, sobre bárbaros bridones,
blandiendo mi lanzón con férrea mano,
reté a los más valientes campeones
del aguerrido ejército cristiano!
¡Y ahora si te contemplo cara a cara,
se nubla mi pupila amortecida,
y de temor mi corazón se para
cual si fuera a escapárseme la vida!
En vano, en vano con mi orgullo lucho...
Como un veneno tu pasión respiro;
voy a oír, y tan sólo a ti te escucho;
voy a mirar, y sólo a ti te miro;
voy a hablar, y tan sólo sé tu nombre...
(*En un arranque de pasión, cayendo a sus pies.*)
¡Mira, mira a tus pies arrodillado,
igual que una mujer llorando a un hombre
que jamás de rodillas ha llorado!

SOBE. (*Emocionada por tanta amargura como refleja la voz de Abu Ishac.*)
¡Con qué imposible amor tu afecto sueña!
¿Por qué sufrir y suplicar en vano?
(*Se acerca a él compasivamente.*)
¡Si mi pasión tus súplicas desdeña
te tiende, en cambio, mi piedad la mano!
(*Le alza del suelo. Pausa breve. Como conso-*

lándole.)
¡Vuelve a ti mismo, y reflexiona sobre
nosotros, pues no es justo que humillada
se incline a una mujer oscura y pobre,
la cerviz más altiva de Granada,
cuando ansiosas las damas de ofrecerte
el tesoro nupcial de sus amores,
dejan caer el velo para verte
pasar bajo sus ricos miradores!
Yo soy cual piedra en el camino rota...
¡Olvídate de mí!... ¡Busca un diamante
digno de fulgurar en la garzota
que adorna la altivez de tu turbante.
El águila real las cumbres ama;
yo, igual que los jilgueros, sólo ansío
para amar y cantar la verde rama
que humilde cuelga sobre el claro río!...

ISHAC. ¡No calman tus razones mis enojos;
no me convencen... La pasión sincera
sin querer se nos entra por los ojos
y del cuerpo y el alma se apodera!

SOBE. *(Sin poder contenerse.)*
Eso mismo te digo... ¿Qué más quieres?
Será siempre imposible tu demanda...
Jamás consuelo a tu dolor esperes...
¡Ni al corazón ni al alma se les manda!

ISHAC. *(Después de un momento de vacilación; exasperado.)*
Pues bien, Sobeya; si es inútil todo,
mis lágrimas, mi angustia, mi agonía;
si de ablandar tu corazón no hay modo...
¡Por la ley del más fuerte serás mía!
De mendigar tu pan mi amor prescinde
y en el más negro abismo se desploma...
¡Castillo que a razones no se rinde
al filo del alfanje se le toma!
¡Eres mi presa ya!
(Va a arrojarse sobre ella. Sobeya se arroja a sus plantas, sollozando, con las manos cruzadas. Abu Ishac se detiene.)

SOBE. ¡Por todo cuanto
tu noble corazón haya querido,

ten lástima de mí!... ¡Bañada en llanto
y postrada a tus plantas te lo pido!
(*Abu Ishac vacila, conmovido.*)
Sé digno de tu fama... Vete... Olvida
esta loca pasión... ¡Ten piedad de una
débil mujer que no tiene en la vida
más consuelo y amparo que su Azhuna!
(*Abu Ishac, que iba a marcharse, se vuelve hacia ella, en un ímpetu de celos.*)

ISHAC. El tigre de los celos que dormía
en mi pecho, a ese nombre se despierta,
y reclama su presa... ¡Serás mía!
(*Va a sujetarla. Ella se levanta en un arranque terrible de protesta.*)

SOBE. ¡Nunca!... Ni viva... ¡Ni aun después de muerta!

ISHAC. (*Clavando sus dedos en un brazo de Sobeya.*)
¡Te arastraré a mi lecho del cabello;
y para mitigar tantos enojos
entre mis dedos ceñiré tu cuello
hasta que salten de terror tus ojos!
¡Con un puñal desgarraré tu vida;
y con mis propias manos, ensanchando
con las uñas los bordes de la herida,
te he de arrancar el corazón, y cuando
tu sangre haya apurado, gota a gota,
ludibrio de pecheros y de siervos,
tus restos colgaré de una picota
para festín de buitres y de cuervos!
(*Resuenan atambores. Los jardines se pueblan de soldados y de pajes con antorchas. Abu Ishac, sorprendido, deja escapar a Sobeya, que intenta huir por la derecha.*)

SOBE. (*Gritando.*)
¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Cielos, amparadme!
(*Levanta los brazos al cielo. Abu Ishac, repuesto, corre hasta ella y la alcanza en el primer término de la derecha, cerca del quiosco. Omar se asoma al portillo con la espada desnuda, y al ver a Abu Ishac le grita.*)

OMAR. ¡Sálvate, Abu Ishac! Nos han vendido...
(*Desaparece por el portillo.*)

SOBE. (*Forcejeando en brazos de Abu Ishac.*)

¡Suelta, suelta, traidor!...
(*A los soldados que aparecen por la izquierda.*)
¡Favor!... ¡Salvadme!...
(*Al ir a dirigirse Abu Ishac al portillo llevando en los brazos a Sobeya, se encuentra con Alhamar y los soldados, que le rodean. Suelta a Sobeya, que corre a refugiarse entre los que acompañan al Emir. Abu Ishac desenvaina su espada y se apresta a la lucha.*)

ESCENA ULTIMA

Dichos, Alhamar, Aly Ben Ibrahim, Aznuna, soldados, pajes y esclavos.

ALY. (*A Alhamar.*)
¡El leon en la trampa se ha metido!
(*Momento de expectación y de silencio. Los soldados forman dos filas detrás de Alhamar. Los pajes alumbran con sus antorchas. Abu Ishac permanece en mitad de la escena con la espada desnuda.*)

ALHA. (*Gravemente, acercándose a Abu Ishac.*)
Nunca llegué ni a sospechar siquiera
que el más bravo caudillo de Granada
llegase a hacer traición a su bandera...
Estás preso, Abu Ishac... ¡Dame tu espada!

ISHAC. (*Revolviéndose como un león acorralado.*)
¿Mi espada?... ¡Está a mi brazo tan unida
y les liga a los dos tan firme lazo,
que aun después que mi cuerpo esté sin vida
tendrán con ella que arrancarme el brazo!

ALHA. (*A Abu Ishac.*)
¡Date a prisión!
(*Los soldados cercan a Abu Ishac. Este describe un círculo de muerte con su espada. Los soldados retroceden.*)

ISHAC. Mi orgullo desafía
el mercenario ardor de tus legiones...
¡Verás cómo a través de esa jauría
saben abrirse paso los leones!
Malparados saldrán en esta caza

el tropel de tus perros familiares...
(*Los soldados retroceden más.*)

ALHA. (*Colérico, a los soldados.*)
¡Desarmarle, cobardes!
(*Los soldados y algunos nobles acometen a Abu Ishac.*)

ISHAC. (*Abriéndose camino con su espada hasta el portillo.*)
¡Plaza!... ¡Plaza,
al león orgulloso de Comares!
(*Desaparece por él, acuchillando a los soldados.*)

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

Las célebres ruinas de Elvira, en las cercanías de Granada. Una gran explanada desde la cual se divisa un panorama soberbio. Al fondo, tras los restos de antiguos murallones cubiertos de hiedra, se ven las altas crestas nevadas de la Sierra del Sol. A la derecha, en segundo término, las ruinas de un alcázar. Sólo una torre se mantiene en pie. A la izquierda, las estribaciones de una fragosa montaña, erizada de altas rocas y cubiertas de espesa jara. Un camino atraviesa la escena de derecha a izquierda en el primer término. En el centro, un arco trunco al pie de una encina gigantesca. Detrás del arco, y también atravesando la escena, un acueducto roto. Trozos de muralla, paredones con ajimeces vacíos, enredados de hiedras y de campanillas silvestres, por todas partes. Encinas y brezos. Escombros. La escena está poblada de soldados. En las estribaciones del monte, en las ruinas del alcázar y en las murallas del fondo, centinelas armados de lanzas.

ESCENA I

Soldado I y *soldado* II.

SOL. I. Levantemos los reales.
SOL. II. ¡Volvamos pronto a Granada,
antes de que entre los riscos

ESCENA II

Dichos, Alhamar, el príncipe *Muhamad, Aly ben Ibrahim* y *Aben Fat.*

PRINCI. (*Conduciendo filialmente a Alhamar al pie de la encina.*)
Padre, no te fatigues. Descansa aquí un mo-
[mento.
Bajo el arco, a la sombra de esta encina, reposa.

ALHA. (*Dejándose conducir trabajosamente, con voz opaca. Aben Fat, Aly ben Ibrahim se retiran al pie del acueducto.*)
¡Mi vida es como débil lámpara temblorosa
que se apaga al más leve suspiro de un aliento!

PRINCI. Da al olvido tus penas y recobra la calma.

ALHA. Es inútil... ¡Tan hondo es el mal que me hiere,
que ya de la flor mustia de mi cuerpo se quiere
escapar, cual perfume fugitivo, mi alma!
(*Se sienta en el basamento del arco.*)
¡Hace poco, una lágrima mi rostro humedecía,
cuando tú me ayudaste a bajar del corcel,
pensando que ya nunca mi mano volvería
a agarrarse a las crines para montar en él!
(*Con amargura.*)
¡Ay!, mucho más que el peso de mis setenta
[años,
mi vida como estas ruinas se desmorona
al minar lento y sordo de tantos desengaños...
¡Prepárate, hijo mío, a ceñir mi corona!

PRINCI. (*Intentando reanimarle.*)
¡No pienses más en eso! ¡Estás robusto y fuerte
como esta vieja encina!

ALHA. ¡Mas vacila mi planta!
La sangre se va helando, y siento en la gar-
[ganta
ese dogal de asfixia que nos tiende la muerte.
Va a eclipsarse mi estrella. Este cetro pasado
que sostener no pueden mis manos, te confío,
y con él mi Granada.

PRINCI. ¡Cállate, padre mío!
¡Te lo pido de hinojos, a tus plantas postrado!

ALHA. (*Poniendo su mano trémula sobre la espalda de su hijo.*)
El hombre es sombra vana..., ¡ni de su suerte
[es dueño!
Principio y fin ignora... La mano de Dios hace
y deshace los tronos... ¡El Rey que se complace
en su poder, se deja engañar por un sueño!
(*Lo levanta y le sienta a su lado.*)
¡Oye bien, hijo mío! Si quieres que tu fama
supere a la de todos los reyes de la tierra,
liberal en las paces y valiente en la guerra,
como a tus propios hijos a tus súbditos ama.
Contra el destino adverso no hay escudos ni to-
[rres...
Todo bajo su influjo transfórmase y varía...
¡Nunca niegues limosnas, porque quizás un día
le tenderás las manos al mismo que hoy soco-
[rres!
¡En liberal y pródigo a las nubes iguala,
a la misma justicia con tu justicia asombra;
y sé como esos árboles frondosos que dan som-
[bra
al leñador que impío con su segur los tala!
¡Haz que el débil te ame y los fuertes te teman!
¡No prestes nunca oídos a las adulaciones,
y huye de los malvados que son como carbones:
apagados nos manchan y encendidos nos que-
[man!
¡Al sabio presta apoyo, sé del artista amigo;
ellos son como tierra fértil, que por un grano
de simiente, que arroje en los surcos tu mano,
luego harán que tus trojes se desborden de
[trigo!
Pon ya término a esta contienda fratricida
que hace más de seis años a Granada devora...
Haz que tus actos sean espejos de tu vida...
¡Sólo de Dios auxilios y protección implora!
(*Con creciente exaltación y voz trémula.*)
¡Cuánto siento, hijo mío, que con mi vieja es-
[pada,
y mi cetro y mi reino, darte también no pueda

las llaves de ese alcázar!... ¡Corona que se [queda
suspendida, esperando las sienes de Granada!...
Tranquilo expiraría, si al menos la fortuna
me hubiese concedido mirarle terminado...
(Desesperándose, estremecido de súbito por honda emoción.)
Ha seis años que espero el regreso de Azhuna,
¡y parece que a Azhuna la tierra se ha tragado!
(Levantándose y extendiendo los brazos hacia la lejanía.)
¡Oh, Granada, Granada, cómo en mis sueños [brillas!
Tu altiva sien corona mi Alcázar de las Per- [las...
Mas no es dado a mi alma gozar sus maravi- [llas...
¡Se cerrarán mis párpados antes que pueda ver- [las!
(Desvariando, con los ojos visionarios y el busto erguido.)
¡Oh, cómo resplandecen bajo los claros astros,
cual flechas de diamantes tus vivos surtidores,
los oros y las púrpuras que esmaltan tus labo- [res,
y la plata que insomne brilla en tus alabastros!
(Da algunos pasos vacilante, y falto de fuerzas, se apoya en el tronco de la encina.)
El silencio me envuelve..., se enturbia mi pupila..
¡Entre mis secos labios la vida quiere huir,
y bajo el pie la tierra se estremece y vacila
cual si para tragarme su boca fuese a abrir!
(Delirando.)
Azhuna, vuelve pronto a realizar mi empeño...
¡Mi Alcázar de las Perlas!...

PRINCI. *(Con voz estremecida de dolor.)*
¡Vuelve en ti, padre mío!

ALHA. *(Cayendo en un síncope.)*
Mas todo disipóse cual se disipa un sueño.

PRINCI. ¡Socorro, capitanes!
(Aly ben Ibrahim, Aben Fat y algunos caballeros acuden a socorrerle.)

IBRA. ¿Qué pasa?
PRINCI. En ti confío,
Aben Fat, en tu ciencia.
(Silencio de ansiedad. Aben Fat se inclina y reconoce a Alhamar. Levantando lentamente la cabeza y dirigiéndose al Príncipe.)
ABEN. Señor, es impotente,
para salvar su vida toda la ciencia humana.
En la ciencia divina confía solamente...
¡Sólo Dios las dolencias del espíritu sana!
IBRA. ¡Transportémosle pronto!
PRINCI. *(Besando a su padre en la frente.)*
Aben Fat, está frío
como un muerto.
ABEN. No temas... ¡Ten en Dios confianza!
(Aly ben Ibrahim y algunos caballeros transportan cuidadosamente a Alhamar, saliendo con él por la derecha. Tras ellos se van también el Príncipe y Aben Fat.)
PRINCI. Dime, Aben Fat: ¿no queda siquiera una espe-
[ranza?
ABEN. ¡Cúmplanse los designios del Señor!
PRINCI ¡Padre mío!...

ESCENA III

Capitán, Soldado I, Soldado II y *Soldados.* Redoblan atambores. Los soldados descienden hasta el camino por todas partes y se agrupan en torno de la bandera.

CAPI. ¡Levantemos la bandera!
¡En esa villa acampar!
(Señalando la derecha. Ondea la bandera.)
SOL. I. *(Llegando.)*
¿Qué pasa?
SOL. II. *(Idem.)*
¿Qué nos sucede?
CAPI. ¡Está expirando Alhamar!
SOL. I. *(Tendiendo los brazos al cielo.)*
Señor, ¿qué va a hacer Granada
si le quitas a Alhamar?
SOL. II. *(Idem.)*

¡Sin pastor que los defienda,
los rebaños morirán!...

SOL. I. ¿Quién hilará nuestras ropas
si lana no habrá que hilar?

SOL. II. ¡Sin fuente que les dé riego,
las mieses se agostarán!...

SOL. I. Si en las eras no hay gavillas,
¿quién va a moler nuestro pan?

SOL. II. (*Al primero.*)
¡Ya te dije que esta empresa
por fuerza acababa mal!
(*Los soldados desfilan, al son de los atambores, por la derecha, precedidos del capitán, que lleva la bandera.*)

ESCENA IV

Aliatar y Ozmin, aparecen de entre las ruinas del Alcázar y descienden cautelosamente hasta el proscenio.

ALIAT. En seis años de espionaje,
ojos y oídos atentos,
deslizándonos cual sombras
por todos los campamentos,
husmeando lo que dicen
igual que la caza el perro,
nunca hicimos una presa
mejor que la que hemos hecho.

OZMIN. Andar en un sobresalto
continuo; temblar de miedo
bajo el ojo que nos mira,
que nos descubra temiendo.
Andar siempre vigilando,
sin dormir, porque en el sueño
no vaya el labio imprudente
a decir nuestro secreto...
Así vivimos seis años
en servicio de los nuestros.

ALIAT. ¡Oh, granadinos, en vano
aguzáis vuestros ingenios!
¡Buscáis fuera los espías,
sin recelar que están dentro,

formando en vuestras banderas
y a costa vuestra viviendo!

OZMIN. Mas no perdamos instantes...
De cuanto ocurre avisemos
a Abu Ishac, que espera oculto
en la cumbre de aquel cerro.
(*Señalando al de la izquierda.*)
Yo voy a dar las señales,
y aquí su llegada espero...
¡Tú, en tanto, desde esa torre,
vigilarás los senderos!
(*Indica las ruinas de la derecha. Aliatar se dirige a la torre y se oculta en ella. Ozmin asciende por las estribaciones del monte de la izquierda. Desde una peña lanza un agudo silbato. En la cima le contestan, y aparecen en ella Abu Ishac y Omar, y a un signo de Ozmin descienden cautelosamente entre las rocas.*)

ESCENA V

Dichos; Abu Ishac y *Omar.*

OMAR. (*Descendiendo seguido de Abu Ishac.*)
¿Qué pasa, Ozmín? Las huestes enemigas
¿por qué alzaron el campo?
Ocultos como zorros, en las cuevas
de ese fragoso monte, los miramos
desbandarse a la próxima alquería.

OZMIN. (*Lleno de júbilo, dirigiéndose a Abu Ishac.*)
El señor nos protege... ¡Nuevas traigo
que te han de henchir de gozo!... ¡La corona
de Granada, señor, está en tus manos!

OMAR. Mas, ¿qué pasa?

ISHAC. (*Distraído.*)
¿Qué dice?

OZMIN. De repente,
Alhamar desmayóse, y transportaron
su cuerpo hasta esa villa.
(*Señalando a la derecha.*)
Dice Aben Fat que no hay remedio humano
que le pueda salvar.

OMAR. Parte al momento
y dinos cómo sigue... Aquí esperamos.
OZMIN. No temer. Aliatar, mientras regreso,
se queda esta torre vigilando.
(*Se va precipitadamente por el camino de la derecha. Abu Ishac se apoya pensativo en una columna.*)

ESCENA VI

Abu Ishac, Omar y *Aliatar* (oculto).

OMAR. ¿Qué piensas, Abu Ishac, de todo esto?
ISHAC. (*Indiferentemente, como si hablase consigo mismo.*)
Es inútil luchar contra el destino.
En mí sus ojos la desgracia ha puesto
y me acecha en las sombras del camino.
Los más nobles esfuerzos serán vanos.
OMAR. Mas, si muere Alhamar, tuyo es el trono.
Su hijo será un juguete en nuestras manos.
ISHAC. (*Desdeñosamente.*)
Ni cetros ni juguetes ambiciono...
¡Mi árido corazón no aspira a nada!
OMAR. ¡Mas a pesar de todo, nuestra gente
ha de poner sobre tu altiva frente
la soberbia corona de Granada!
ISHAC. (*Con honda amargura.*)
¿Para qué una corona? ¡Qué me importa!
Ya perdí la esperanza... ¡Y sólo quiero
ver cómo el hilo de mi vida corta
de la Muerte el eterno mensajero!
(*Acercándose a Omar.*)
Cuando en estos seis años de contienda
me viste, como un bárbaro, a tu lado,
luchar en cien combates y a mi tienda
volver como un león ensangrentado;
cuando delante de mi ciego arrojo
desbaratado el enemigo huía,
y a mi blanco corcel tornaba rojo
la sangre que mi cólera vertía;
y a los golpes certeros de mis brazos,

como bajo la hoz mieses maduras,
rodaban las cabezas, y a pedazos
saltaban las más recias armaduras;
tal vez alucinado, murmuraste:
—¡Con qué ardor este bárbaro ambiciona
ceñir a su turbante una corona!...—
Mas yo te juro, Omar, que te engañaste.
Pues sólo ambicionaba mi esperanza,
y ¡vive Dios, que de verdad te hablo!,
morir bajo el empuje de una lanza
o clavado al borrén por un venablo!
(*Se apoya, fatigado, en un arco roto.*)

OMAR. (*Con interés.*)
¿Por qué tu faz de angustia palidece?
¿Por qué tus ojos de coraje lloran?
¿Qué oscuro pensamiento te entristece?...
¿Qué pesares recónditos devoran
tu corazón, como en los arenales
desgarran, a la luz de la mañana,
con sus voraces dientes, los chacales,
los restos de perdida caravana?

ISHAC. (*Decidiéndose a hablar, con voz trémula.*)
¿No has sentido jamás en tu existencia
el yugo del amor? ¿Nunca has soñado
hablar a una mujer, y a su presencia,
sin voz y sin aliento te has quedado?
¡No sabes lo que son en sus pasiones
las gentes de mi raza, esos guerreros
que mueren en la lid como leones
y son para el amor como corderos!

OMAR. (*Tímidamente.*)
¿Aún perdura en tu espíritu Sobeya?

ISHAC. (*Con intensa emoción.*)
¡Intentarla olvidar es vano empeño!...
¡Me duermo, y sólo con su imagen sueño,
y al despertar no pienso más que en ella!
A mí mismo este amor me causa espanto...
Sin ellá, la existencia es una carga...
¡Como todo lo riego con mi llanto,
el agua sabe a hiel y el pan me amarga!

OMAR. (*Animándole.*)
Deja, que el tiempo sanará tu herida...

En tu gloria futura reflexiona...
¡La pena más tenaz pasa y se olvida
bajo el regio esplendor de una corona!

ISHAC. ¿Cómo olvidarla si una vez la viste?
¿Cómo arrancar del alma su hermosura?
¡El verdadero amor es siempre triste,
y ni el poder lo alegra ni lo cura!

OMAR. Del veneno nos salva otro veneno,
y de un amor hostil otros amores.
Consuela tu dolor sobre otro seno...
¡La tierra no se cansa de dar flores!

ISHAC. ¡No hay tesoro que iguale a su tesoro!
Para dar al olvido sus desdenes,
he intentado poblar a peso de oro
de vírgenes y esclavas mis harenes.
Mas en vez de olvidarla, recordaba,
con más ansia sus mágicos hechizos;
y cuando alguna, lúbrica, danzaba,
suelto el torrente de sus negros rizos,
por más que fuese insinuante y bella,
su recuerdo al oído, me decía:
—¡Si delante de ti danzase ella,
tu corazón, de gozo, estallaría!

ALIAT. (*Asomándose a lo alto de la torre y señalando el sendero de la izquierda.*)
Alguien llega, Abu Ishac, por esa senda.
Ascender a esta torre... Esperaremos
aquí escondidos a que Ozmín regrese...
¡Daos prisa, señor, que pueden veros!

OMAR. (*A Abu Ishac, que permanece inmóvil como olvidado de todo.*)
Vámonos, Abu Ishac.

ISHAC. ¿Para qué? Deja
que llegue el enemigo, y que su acero
hunda en mi corazón hasta arrancarme
esta pasión que sofocar no puedo.
(*Dejándose arrastrar por Omar, desaparecen entre las ruinas de la torre.*)

ESCENA VII

Azhuna y *Sobeya.*

(Entran lentamente por la izquierda. Azhuna vuelve demacrado, pálido, envejecido, con el blanco alquicel hecho jirones. Su diestra se apoya en un grueso palo de espino, de cuya punta cuelga una calabaza, y la otra mano descansa en el hombro de Sobeya. En su espalda pende un amplio morral de piel de camello. Sobeya regresa también cubierta de polvo, con el rostro tostado por el sol y las vestiduras descoloridas. Conduce cariñosamente a Azhuna hasta las ruinas del primer término de la izquierda.)

AZHU. ¡Gracias, Señor! ¡Hemos logrado
pisar las tierras granadinas!

SOBE. Reposa un poco, reclinado
en los escombros de estas ruinas.

AZHU. Busca su nido el ave herida,
las fieras tienen su cubil,
y en los peñascos donde anida
duerme sus sueños el reptil.
Sólo el humano peregrino
nunca ha sabido, ni sabrá
sobre qué piedra del camino
su último sueño dormirá.

SOBE. Con la hermosura del paisaje
olvida, Azhuna, tu sufrir.

AZHU. *(Se sienta al pie del arco y se queda con la frente entre las manos.)*
Que ha sido inútil mi viaje,
¿cómo decírselo al Emir?
Cuando después de tantos años,
¿qué traes?, pregunte, le diré:
—Señor, tan sólo desengaños
en mi camino coseché.
¡Vuelvo más mísero que antes!
¡Cuando soñabas que traería
llena mi alforja de diamantes,
mírala, Emir, ¡está vacía!...
¡Y este terrible desconsuelo

procuro en vano mitigar!

SOBE. (*Con esperanza.*)
¡Espera, Azhuna! Aún puede el cielo
algún milagro realizar!

AZHU. ¡Siempre tu voz murmura: espera!
¡Suena piadosa en mi dolor
constantemente, cual si fuera
algún aviso del Señor!
(*Breve pausa.*)
Hace seis años que dejamos
Granada, para terminar
aquel joyel con que soñamos
su altiva frente coronar.
Cruzamos mares y desiertos,
aludes, lluvias, tempestades;
grandes naciones, pueblos muertos
y cien fantásticas ciudades.
Mas la desgracia fué conmigo,
y hallar mis sueños no logré...
Igual que un mísero mendigo
ciego, guiado por tu fe,
supliqué en una y otra parte
remedios para mi aflicción...
¡Mas sus consuelos negó el Arte
a mi cansada inspiración!
Como remota polvareda
vi disiparse mi ideal...
¡Para mis manos ya no queda
ninguna rosa en el rosal!

SOBE. ¡No te fatigues! Cobra aliento,
porque el rosal no se ha agostado.
¡Espera! ¡Espera, pues presiento
que has de alcanzar lo que has soñado!

AZHU. ¡Cómo te engaña tu cariño!...
¡Contemplo estrellas en el mar
y lloro a solas como un niño
por no poderlas alcanzar!

SOBE. (*Llena de esperanza.*)
No deseperes todavía,
yo he oído decir que cada ser
tiene una estrella que le guía
y le somete a su poder.

No sé por qué signo secreto
miro el lucero vespertino,
como si fuese un amuleto
contra el influjo del destino.
Si alzo los ojos a su esfera,
en aureas cifras siempre leo
algo que dice: —¡Espera!... ¡Espera!...
¡Logrará, Azhuna, su deseo!—

AZHU. Mas, ¡ay, Sobeya!, espere tanto,
que mas no puedo ya esperar...
¡Como las riego con mi llanto,
mis flores mueren al brotar!

SOBE. ¡Anímate!... Para dar una
tregua de paz a tu aflicción,
bajo esta luz, ¿quieres, Azhuna,
que te recite una canción?

AZHU. El agua clara, fresca y pura,
para los labios del sediento,
no tuvo nunca la dulzura
que para mí tiene tu acento.
¡Tan solo oyendo tu poesía
se alegra un poco la mirada!

SOBE. Pues bien, escucha la elegía
de esta ciudad abandonada.
(*Se levanta y recita.*)
Por dondequiera que la vista extiendo
sólo contemplo ruinas.
Palacios que en las áridas colinas
se van, al sol, en polvo deshaciendo;
y con sus capiteles mutilados,
sus arcos truncos y columnas rotas,
en la llanura gris, medio enterrados,
resucitan catástrofes remotas;
y evocan, bajo el sol de la mañana,
las mondas osamentas colosales
de alguna gigantesca caravana
perdida en los desiertos arenales!
Donde antes se elevaban a los vientos
el alcázar, la torre y la mezquita
de sólidos cimientos
y muros de alabastro y malaquita;

y hubo calles y plazas populosas,
academias y esplendidos bazares,
y jardines de nardos y de rosas
y huertos de granados y azahares;
hoy tan sólo se ven escombros, piedras
gastadas, murallones
comidos por la lepra de las hiedras,
lápidas con borrosas inscripciones;
desangrados ladrillos que enrojecen
en polvo con sus lúgubres destellos,
y rotos acueductos que parecen
gigantes esqueletos de camellos;
torreones sombríos
enseñando las caries de sus mellas,
y hasta algún ajimez de ojos vacíos
muriéndose a la luz de las estrellas!
¿Quién medita en los altos alminares?
¿En dónde están las cajas militares,
adulfes, añafiles y atambores,
cuyos roncos clamores
hablaban de la gloria y de la guerra,
y a cuyo son, desnudos los aceros,
en sus yeguas volaron los guerreros
a conquistar para el Islam la tierra?
¿Dónde el rumor marino
de la plebe en los zocos congregada
para escuchar la voz del adivino,
y la flauta encantada
con cuyas dulces notas temblorosas
lentamente adormece el beduíno
a las negras serpientes venenosas?
¿Al pie de qué entreabierta celosía,
da la guzla a la noche su poesía,
en tanto que los claros surtidores
comentan en su lengua melodiosa,
que se murió de amores
un pobre ruiseñor por una rosa?
¡Ya de tanto esplendor no queda nada!
¡Todo trocóse en polvo, lentamente!
¡Tal la ciudad fantástica, encantada
de las viejas leyendas del Oriente!...
Hoy, sólo a veces en la zarza asoma

su achatada cabeza la serpiente
siguiendo el vuelo de alguna paloma.
¡Resplandece el lagarto en los zarzales
ásperos, como una
viva esmeralda, y en los arenales
fosforece la plata de la luna
en el ojo cruel de los chacales!
Nadie viene a llorar entre sus ruinas...
¡Hasta las golondrinas,
al no encontrar ni el quicio de una puerta
donde colgar el nido,
de la ciudad abandonada y muerta
para siempre han huído!
Sólo un pastor a visitarte viene...
En el claro de un arco se detiene,
y en tanto que sus cabras ramonean
en el mustio verdor de las marañas,
y los secos mastines olfatean
los rastros de nocturnas alimañas,
descolgando la gaita de los hombros,
se sienta en los escombros...
Y entona tan doliente melodía
que una lágrima rueda en cada nota...
¡Tan triste es la canción, que se diría
que llora tu silencio gota a gota!
(*Pausa breve. Azhuna abre los ojos como quien despierta de un bello sueño. Empieza a declinar la tarde.*)

AZHU. Como esas ruinas es mi alma;
ayer fué grande entre las grandes,
y hoy es tan sólo polvareda
que a su capricho aventa el aire.

SOBE. No sufras más... ¡Espera! ¡Espera!
¡Mira el lucero de la tarde!...
(*Señalando al Oriente.*)
¡En los picachos de aquel monte,
los últimos rayos solares,
al fulgurar sobre la nieve
fingen quiméricos alcázares!
(*Azhuna se levanta de pronto, dando un grito de júbilo al mirar los maravillosos portentos que el crepúsculo finge en la nieve de las cumbres.*)

AZHU. ¡Mira, Sobeya! ¡Ya comienza
mi loco ensueño a realizarse!
(Cayendo de rodillas, con los brazos tendidos al Cielo, mirando la Montaña del Sol.)
¡Gracias, Señor! ¡Cuando el sediento,
sobre los secos arenales,
cerró los ojos bajo el manto
para morir, tú le mostraste
la clara fuente milagrosa
que hizo brotar algún Arcángel!

SOBE. ¡Para el que sabe esperar, siempre
truécase el sueño en realidades,
porque nos da Naturaleza
lo que negarnos quiso el Arte!
(Azhuna saca del morral una larga tira de cuero y se dispone a copiar lo que ve, loco de entusiasmo.)

AZHU. Voy a copiar estos portentos...
¡Ve cómo surgen en el aire
muros, columnas y altas cúpulas
de oro, de púrpura y de jaspes!
(Se va exaltando. Sus ojos fosforecen, su mano tiembla, el cansancio y la emoción le ahogan.)
¡No puedo más!

SOBE. *(Socorriéndole en sus brazos.)*
Castañetean
tus blancos dientes, tu piel arde...

AZHU. La sed abrasa mi garganta...
¡Sobeya, un sorbo de agua tráeme!
¡Ve hasta la próxima alquería,
mientras mi alcázar copio, antes
que muera el sol y entre las sombras
vaya de nuevo a disiparse!
Tú ya conoces el camino...

SOBE. *(Cogiendo la calabaza y marchándose rápidamente.)*
Azhuna, adiós... ¡Vuelvo al instante!
(Desaparece por la derecha.)

ESCENA IX

Azhuna, Abu Ishac, Omar, Aliatar y *Ozmin.*

AZHU. (*Trazando los planos al pie de la encina.*)
¡Oh, noble Emir; ya podré, altivo,
ante la corte presentarme,
y si tu labio me pregunta:
—¿En las alforjas, qué me traes?
Diré, mostrándote estos planos:
—Señor, te traigo lo más grande
y lo más bello que en la tierra
pudieron ver ojos mortales!
¡Oh, ya tu Alcázar de las Perlas
puede triunfal alzarse al aire,
y coronar la altiva frente
de la mejor de las ciudades!
(*Aparecen Abu Ishac, Omar y Ozmin detrás de la torre, y se acercan al primer término de la derecha.*)

OMAR. (*En voz baja.*)
¿Recuperó la voz?

OZMIN. Sólo un momento.
Estos ojos le han visto
en su lecho, cercado de los nobles,
llamar a Azhuna con ahogados gritos:
—¡Oh, vuelve, Azhuna, a terminar tu obra!
¡Cúmpleme lo ofrecido!...
¡Mi Alcázar de las Perlas!—y de súbito
desmayóse en los brazos de su hijo.
Aben Fat asegura que sus ojos
no verán las estrellas. Se han reunido
los nobles en consejo, y al cristiano
mandaron cartas reclamando auxilios
para elevar al Príncipe en el trono...
Yo vi los mensajeros... ¡Son propicios
los momentos!... ¡Señor, aprovecharlos!
(*A Abu Ishac.*)

AZHU. ¡Gracias, gracias Dios mío,
porque has dejado que mis ojos viesen
lo que mortales ojos nunca han visto!
¡Por este Alcázar ha de ser Granada

admiración y pasmo de los siglos!
(*Se levanta y oculta cuidadosamente los planos en la escarcela.*)

OMAR. (*Reparando en Azhuna en el momento en que esconde los planos.*)
Mas ¿quién es ese hombre?
(*Abu Ishac y Ozmín se vuelven a contemplarlo.*)

OZMIN. (*Mirándolo fijamente.*)
Un mensajero
que va al cristiano a demandar auxilio.
¿No ves con qué cuidado
se oculta en la escarcela el pergamino?

ISHAC. Apoderaos de él.

OZMIN. ¡Vamos al punto!

OMAR. ¡La muerte le daré si lanza un grito!
(*Omar y Ozmín se encaminan con sigilo por entre las ruinas para coger de espaldas a Azhuna. Abu Ishac avanza lentamente por el camino.*)

ISHAC. (*A Ozmín, mientras caminan.*)
Sujétale los brazos.

OZMIN. ¡Este día,
buenas presas nos brinda la fortuna!
(*Caen de pronto sobre Azhuna, que, sorprendido, se alza violentamente.*)

OMAR. ¡Dame pronto esos pliegos!

ISHAC. (*Contemplando a Azhuna en el momento de ponerse en pie.*)
¡Es Azhuna!
¡Por fin!... El mismo infierno me lo envía.

OMAR. (*Desenvainando el acero. Azhuna retrocede, dispuesto a defender su tesoro.*)
¡Dame esos pliegos!

AZHU. No. ¡Aun cuando siegue
mi garganta tu espada,
no esperes que te entregue
pliegos que son la gloria de Granada!

OMAR. (*Poniéndole un puñal en el pecho.*)
¡Suelta, suelta!

AZHU. (*Gritando desesperadamente.*)
¡Socorro!

OZMIN. (*Estrechando el cuello entre sus manos.*)
¡No des voces!

AZHU. ¡Tened piedad!
ISHAC. (*Mirándole fijamente, con sonrisa feroz, y cruzándose de brazos ante él.*)
Azhuna, ¿me conoces?
AZHU. ¡Si tu alma a la piedad no está dormida,
Abu Ishac, de rodillas te lo ruego!
¡Defiéndeme, Señor, porque este pliego
mucho más vale que mi propia vida!
¡Es mi gloria! La gloria de Granada,
su joyel más preciado y refulgente...
¡La corona a los genios arrancada
que ha de ceñir de eternidad su frente!
ISHAC. (*Con ira reconcentrada.*)
¡Mírame bien, Azhuna! Hace seis años
que muriendo de odio, hosco y sombrío,
como acechan los lobos los rebaños,
constantemente tu regreso espío.
¡Nadie puede librarte de mis iras!
¡No esperes compasión! ¡Que no bastara
para saciar el odio que me inspiras
que cien veces la vida te arrancara!
¿Pedirme que te ampare?... ¡Es insolencia!...
¡Para borrar del todo tu memoria,
no sólo he de arrancarte la existencia,
sino también tu amor... y hasta la gloria!
(*Con furor creciente.*)
Asaltaré a Granada con mi gente,
sus moradores pasaré a cuchillo,
y tiraré por tierra aquel castillo
con que soñaste coronar su frente.
Y cuando ya no queden ni cimientos,
de algún verdugo las sangrientas manos
en los escombros quemará tus planos
y echarán sus cenizas a los vientos.
Dame pronto esos pliegos.
AZHU. (*Con súbita energía.*)
¡No, no quiero!
¡Son mi vida! ¡La gloria de mi arte!
OMAR. ¡No grites, porque nadie ha de ampararte!
ISHAC. (*Desnudando el puñal.*)
¡Sediento de tu sangre está mi acero!
AZHU. No necesito auxilios ni socorros,

ni me asusta el fulgor de esas espadas...
¡Los sabré defender a dentelladas,
como el león herido a sus cachorros!
(*Abu Ishac se arroja sobre él y le sujeta el cuello con una mano. Azhuna forcejea desesperadamente.*)

ISHAC. (*En voz muy baja, levantando el puñal.*)
Dime antes de morir... ¿qué es de Sobeya?

AZHU. Inútilmente me preguntas... ¡Hiere
cuando quieras, cobarde!

ISHAC. (*Le hiere en el pecho.*)
¡Pues bien, muere!
¡No te he matado yo!... ¡Te mató ella!
(*Azhuna cae herido al pie de la encina, con las manos aferradas a la escarcela.*)

ALIAT. (*Que sale precipitadamente de la torre.*)
¡Huir pronto! ¡Un tropel de gente armada
se aproxima, señor, por este lado!
(*Señalando el camino de la derecha. Abu Ishac se inclina sobre Azhuna y se apodera de los planos.*)

AZHU. (*Intentando incorporarse, con un grito de desesperación.*)
¡Oh, mis planos! ¡La gloria de Granada!

ALIAT. ¡Huyamos por allí!
(*Señalando la cumbre de la izquierda. Ascienden los cuatro precipitadamente.*)

ISHAC. (*Agitando los planos en lo alto de la cumbre.*)
¡Ya estoy vengado!

AZHU. (*Haciendo un esfuerzo supremo se incorpora y se arrastra hasta las estribaciones del monte, intentando trepar entre las rocas.*)
¡No te escondas, ladrón, en esa sierra!
Nada te ha de valer, pues si te subes
a la cumbre más alta de la tierra,
aunque te encaramases a las nubes,
arrastrándome igual que las serpientes,
allí te iré a buscar, para arrancarte
mi gloria... ¡Y con las uñas y los dientes
el corazón y el alma devorarte!
(*Se desploma y rueda al pie de unos árboles.*)

ESCENA ULTIMA

Azhuna (herido), *Sobeya*, *Aly ben Ibrahim*, un *Capitán*, *Soldados*, penetran por la derecha precedidos de Sobeya, que vuelve con la calabaza llena de agua.

IBRA. Pronto... ¿Dónde está Azhuna, que no cesa
Alhamar de llamarle delirando?...
El le puede salvar...
SOBE. Al pie de esa
encina está sus planos terminando.
IBRA. Mas allí ya no está. ¡Míralo!
SOBE. ¿Dónde
sin esperar mi vuelta se habrá ido?
(*Llamando.*)
¡Azhuna! ¡Azhuna!
(*Todos indagan por la escena.*)
CAPI. ¡Azhuna!
IBRA. ¡No responde!
CAPI. (*Viendo de pronto a Azhuna entre las rocas.*)
¡Allí, entre aquellas rocas, está herido!
(*Sobeya da un grito desgarrador. Después se precipita sobre el cuerpo de Azhuna, abrazándose a él. Todos la siguen.*)
SOBE. (*Levantando en sus brazos la cabeza de Azhuna.*)
¿Qué mano criminal te dió la muerte?
Respóndeme, mi bien... ¡Quién me diría
que el agua que piadosa fuí a traerte,
fuese el agua también de tu agonía!...
¡Vuelve a mis tristes ojos tu mirada!
Habla, mi amor... ¿Por qué en callar te em-
[peñas?
AZHU. (*Abriendo los ojos e intentando incorporarse. Sobeya le sostiene.*)
¡Me han robado la gloria de Granada!
Abu Ishac... y perdióse entre esas breñas...
No le puedo seguir... ¡Estoy herido!
(*Con suprema amargura.*)
¡Se extinguirá, Sobeya, mi memoria!
SOBE. (*En un arranque inaudito de amor.*)
¡El amor es más fuerte que el olvido!

(Se levanta. Las manos están bañadas en sangre. Después se inclina sobre Azhuna.)
¡Azhuna!: por tu nombre y por la gloria
de tu Granada, la ciudad querida,
por la sangre que corre por mis manos,
¡juro que, a costa de mi propia vida,
sabrá mi amor recuperar tus planos!
(Extiende al cielo los brazos. Todos la contemplan mudos de emoción. El crepúsculo muere en las cumbres de la Montaña del Sol.)

TELON

ACTO CUARTO

Torreón de un castillo en las cercanías de Granada. Al fondo, tres amplios arcos, que dan a las almenas. A la izquierda, una hoguera. A la derecha, una puerta. Trofeos y pertrechos de guerra por todas partes. Es de noche. La escena aparece iluminada por algunas teas de resina clavadas en los muros y en los pilares de los arcos. Relampaguea.

ESCENA I

Ozmín, Aliatar y un *Paje,* sentados en escabeles de encina, calentándose en torno de la hoguera.

PAJE. Maldita noche. ¿No oís
cómo ruge la tormenta?
OZMIN. ¡Como un jabalí que herido
por una nube de flechas
se abre camino en el monte,
abatiendo las malezas,
así, gruñendo de cólera,
pasa el viento por las selvas!
ALIAT. ¡En seis años de campaña
por estas salvajes sierras,
nunca he pasado una noche
tan horrible como ésta!

PAJE. Tiemblo de miedo, y de frío
mis dientes castañetean...
OZMIN. ¡Aseguran los espías
que a esta vieja fortaleza
el nuevo Emir de Granada
mañana a sitiarnos llega!
ALIAT. ¡Sobre el cuerpo de su padre
Alhamar, por el Profeta,
el nuevo Emir, ha jurado
no dar término a la guerra
y llevarla a sangre y fuego,
hasta tanto que no vea
en los muros de la Alhambra
sangrando nuestras cabezas!
PAJE. (*Con temor.*)
Arrasará nuestras casas...
Sembrará de sal las tierras...
ALIAT. ¡Tantos soldados se agrupan
en torno de sus banderas
que al avanzar por el llano
bosques de lanzas semejan!
OZMIN. ¡Pero Abu Ishac no se espanta,
y como a auxiliarnos vengan
los otros walís rebeldes,
ya veréis cómo no quedan
de los muros de Granada
ni aun el polvo de las piedras!
ALIAT. Desde que dió muerte a Azhuna,
como sabéis, en la sierra
de Elvira, Abu Ishac parece
no un hombre, sino una fiera...
¡Ay, desde entonces su alma
se hizo sorda a la clemencia!
Asola las alquerías,
a los cautivos degüella,
¡y cuanta más sangre bebe
su espada está más sedienta!
PAJE. ¡O encerrado entre estos muros
pasa las noches en vela
con magos y con astrólogos
consultando las estrellas!
OZMIN. ¡Yo le he visto, a medianoche,

atravesar las tinieblas
como un fantasma, llamando
en alta voz a Sobeya!
¡Sus ojos fosforecían
bajo el negror de las cejas,
como los de un lobo oculto
en el fondo de una cueva!

PAJE. ¡No sé por qué, pero temo
que esta noche nos suceda
algún mal, porque en mi vida
vi una noche como ésta!

ESCENA II

Dichos. Abu Ishac y el *Astrólogo*, que entran por el arco del centro.

ISHAC. (*Aproximándose.*)
¿Qué hacéis, bergantes, rezando
alrededor de esa hoguera?
(*Todos se levantan aturdidos.*)

PAJE. (*Disculpándose.*)
Señor, hace tanto frío,
que hasta el aliento se hiela...

ISHAC. Más frío tendrás desnudo
y colgado de una almena,
como has de estar, si te atreves,
a hablar ante mi presencia...
(*Avanzando hacia el centro. El paje se echa a temblar.*)
¡Ozmin, vigila esta torre,
redobla los centinelas,
que una noche tan oscura
es propia para sorpresas!
(*Todos se inclinan.*)

OZMIN. ¿No tienes más que mandarme?

ALIAT. Señor, ¿nada más deseas?

ISHAC. ¡Que todos, sobre las armas,
vigilen la fortaleza...,
y que en los mismos infiernos
despierte aquel que se duerma!
(*Salen por el arco de la izquierda.*)

PAJE. (*Al salir, a Aliatar.*)
Mira... Parecen sus ojos
nubes que relampaguean.
ALIAT. (*Idem, al paje.*)
¡Tiene su rostro sombrío,
más pálido que la cera!...
(*Desaparecen por los arcos.*)

ESCENA III

Abu Ishac y el *Astrólogo.*

ISHAC. (*Sombríamente.*)
¿Nada te dicta, astrólogo, tu ciencia,
que pueda mitigar esta amargura
que mina, lenta y sorda, mi existencia,
y es para el alma como noche oscura?
¡Ni una estrella mis pasos ilumina,
y perdido en las sombras de mí mismo,
soy como un pobre ciego que camina
por los ásperos bordes de un abismo!
ASTRO. (*Con gravedad.*)
Ni la virtud austera
que de todo apetito vive ayuna,
y que en las noches de la primavera,
a la luz de la luna,
cuando el deseo hincha su garganta,
de su lecho de piedra se levanta,
y con los ojos fijos en el cielo
a la carne rebelde disciplina,
hasta que sangra y de dolor se inclina,
como una flor de púrpura, en el suelo;
ni el vicio a quien sorprende la alborada,
reclinado en el seno de una amante,
la sien de frescas rosas coronada,
y en las manos la copa rebosante...
¡Ni el demacrado asceta,
ni el joven libertino
se podrán evadir de la saeta
que dispara en las sombras el Destino!
¡Y ambos heridos por la misma suerte,
bajo el silencio de los ataúdes,

confundirán sus vicios y virtudes
en el árido polvo de la muerte!
¿De qué le sirve al sabio, que, olvidado
de todo vano ruido,
en su encierro, estudiando, ha encanecido
sobre viejos volúmenes curvado,
cegar los ojos y quemar las cejas
descifrando borrosas escrituras,
para basar en experiencias viejas
la moral de las máximas futuras?
¡Los signos que su mano va trazando
asiduamente, con temblor divino,
la esponja de la muerte va borrando
hasta dejar en blanco el pergamino!
Y es inútil su efímera quimera
y son vanos sus frágiles intentos...
¡Como si un loco labrador quisiera
arar las aguas y encauzar los vientos!

ISHAC. No entiende mi rudeza de soldado
la profunda verdad de tus razones,
ni tampoco a esta torre te he llamado
para oír consejos ni aprender lecciones...
¡Sólo pido a tu ciencia que me diga
si algún remedio conocido existe
contra este amor desesperado y triste
que el corazón y el alma me atosiga!

ASTRO. Durante treinta años, encerrado
en silenciosas torres, he estudiado
los libros más famosos de la tierra.
Nahxiya me enseñó la Nigromancia,
y Ahmed, el de Madrid, la Quiromancia
y los secretos que la Alquimia encierra.
Con la piedra llamada heliotropía
cambió la luna en sol, la noche en día.
Transformó una montaña, en un instante,
en alcázar de genios y de huríes...
Sé trasmutar la lágrima en diamante,
y la sangre en rubíes,
y en oro el polvo que tu planta huella...
¡Y leo todo el porvenir humano
en los rayos de plata de la estrella
y en las confusas líneas de la mano!

A mi voz se despiertan los titanes
y derrumban las sólidas techumbres,
y estallan en la nieve de las cumbres,
como flores de incendio, los volcanes.
¡Al soplo de mis labios, los nublados
tertilizan los áridos desiertos,
y en los áureos espejos encantados
resucitan las sombras de los muertos!
Di dónde quieres que mi ciencia ejerza
su poder, y yo juro complacerte...
¡Sólo contra el amor no tengo fuerza,
porque el amor es hijo de la muerte!
¡Y es más fácil que un muerto cobre vida
y de su oscura tumba se levante,
que arrancar la pasión que vive unida
a las propias entrañas del amante!
De este amor que te espanta y que te asombra
jamás, pobre mortal, librarte esperes...
Es la sombra del cuerpo, y ¿cómo quieres
de un cuerpo vivo separar su sombra?

ISHAC. Dices bien; arrancarme estos amores
fuera más que arrancarme la existencia...
Sólo le pido, astrólogo, a tu ciencia
bálsamos que mitiguen mis dolores.
Treguas en estas luchas, un momento
de paz para mi alma, un lenitivo
que aminore este bárbaro tormento,
¡el ¡ay! constante en que muriendo vivo!

ASTRO. Los bálsamos que pides no son propios
de mi ciencia... ¡Tu empeño será vano,
porque para el amor no hay telescopios
ni se trasmuta el corazón humano!
(*Con misterio.*)
Solamente, Abu Ishac, decirte quiero
tu horóscopo... ¡Durante cien veladas,
signo a signo, lucero por lucero,
lo han leído en la noche mis miradas!

ISHAC. ¿Qué enigma para mí guardan los astros?

ASTRO. (*Decidiéndose. Con solemnidad.*)
¡No dicen más, sino que astuta y fiera
siguiendo va una víbora tus rastros,
y entre las flores su aguijón te espera!

ISHAC. (*Displicentemente.*)
¿Tan solo ese presagio me amenaza?
ASTRO. ¡En torno de tu estrella vaga una
nube sangrienta que tu suerte enlaza
al alfanje de plata de la luna!
(*Proféticamente.*)
¡Antes que bruña el sol al oceano
y dore esas almenas,
a este castillo llamará la mano
que te ha de libertar de tus cadenas!
ISHAC. ¡Si me engañas... piedad no esperes nunca!
¡Sin que valgan ensalmos ni conjuros
del adarve mas alto de estos muros
haré que cuelgue tu cabeza trunca!
¡Y entonces, tus pupilas embusteras,
para ejemplo de falsas profecías,
devorarán las aves carniceras
hasta dejar tus órbitas vacías!
¡Mas si se cumple, en cambio, lo que dices,
sabré recompensarte generoso;
y en vez de alimentarte de raíces
en inmundo cubil, como un leproso,
tendrás lechos de púrpura, manjares
exquisitos y túnicas valiosas;
áureas vajillas, siervos y cantares,
y lúbricas doncellas, tan hermosas,
que al desatar sus trenzas en el viento,
en tu cuerpo decrépito y gastado
harán resucitar, rugiendo hambriento,
al león insaciable del Pecado!
ASTRO. Todos esos tesoros que me ofrecen
tus labios, si quisiera los tendría...
Mezquinos y fugaces me parecen...
¡Mi recompensa es mi profecía!
(Suena bajo la almena el caracol de un viandante.)
ISHAC. (*Volviéndose hacia el arco del centro.*)
¿No has oído? Debajo de esa almena
resuena el caracol del peregrino...
(*Abu Ishac se acerca a la almena.*)
ASTRO. (*Mientras Abu Ishac se dirige al torreón.*)

¡Es el lúgubre aullido de la hiena
que olfatea la muerte en su camino!

ESCENA IV

Dichos, un *paje, Ozmín, Aliatar, soldados* y *pajes.*

(El paje, seguido de sus compañeros, penetra por la puerta de la derecha. Aliatar, Ozmín y los soldados, por el arco de la izquierda. Abu Ishac se vuelve al proscenio. Todos se inclinan ante él. El paje se adelanta.)

PAJE. ¡Señor, al pie del castillo
piden hospitalidad!

ISHAC. *(Al paje.)*
¡Pues al instante, el rastrillo
para que pasen, alzad!
(A los soldados, señalando la hoguera.)
Avivar presto esa llama...
(A los pajes.)
Formaos de dos en dos...
¡El que a nuestra puerta llama
es mensajero de Dios!
(El paje sale por la puerta de la derecha. Los otros pajes forman dos filas hasta la puerta, con las antorchas encendidas. Algunos soldados avivan la hoguera. Ozmín y los restantes se agrupan en torno de los arcos. El astrólogo se oculta entre ellos.)

ESCENA V

Dichos, Aly ben Ibrahim, Abul Beka, esclavo y *Sobeya* vestida de esclavo.

(Entre los pajes penetran Aly ben Ibrahim y Abul Beka, por la puerta de la derecha. Detrás de ellos, los dos esclavos. Todos vienen envueltos en sus albornoces. Abu Ishac les sale al encuentro, con las llaves del castillo en las manos.)

ISHAC. *(A sus huéspedes.)*

¡Las manos del Señor, sobre vosotros,
su bendición y su poder derramen!...
¡Sed bienvenidos a esta vieja torre!...
(*Inclinándose ante ellos.*)
Yo mismo a vuestros pies pongo sus llaves...

BEKA. (*Adelantándose y descubriéndose. Aly ben Ibrahim hace lo mismo.*)
Abu Ishac, ¿nos conoces?

ISHAC. (*Retrocediendo sorprendido.*)
¡Abul Beka!
¡Ibrahim!... ¿Mas qué pasa? Di, ¿qué os trae
en esta noche oscura a mi castillo?
¿Venís como traidores a espiarme?
(*Amenazante.*)
¡No esperar compasión!... ¡Habéis caído
en una madriguera de chacales!
¡Cara habéis de pagar vuestra osadía!...
(*A los soldados.*)
¡Soldados, al momento, desarmarles!
(*Los soldados los rodean.*)

ALY. (*Mostrando el cinto.*)
¡Sin armas, Abu Ishac, aquí venimos,
y en vez de guerra te brindamos paces!
(*Los soldados retroceden a una señal de Abu Ishac.*)
¡En nombre de Muhamad, de nuestro Príncipe,
por muerte de Alhamar, su excelso padre,
con el agua y la sal a ti llegamos,
deseosos de acabar con tantos males
como devoran nuestro reino. En tanto
que los pastores y los rabadanes,
igual que encarnizados enemigos
se destrozan en bárbaros combates,
sobre nuestros rebaños indefensos
aullando de furor los lobos caen...
y el cristiano cautiva nuestras hijas
y se apodera de nuestras ciudades!

BEKA. ¡Escúchame, Abu Ishac, lo que te escribe
el Príncipe Muhamad, que el cielo guarde!
(*Se adelanta al centro de la escena. Saca un largo pergamino sellado con las armas reales de Muhamad II. Leyendo solemnemente.*)

En nombre del Dios Unico, generoso y clemente,
yo, Muhamad, primogenito del Emir Alhamar,
azote del impio y amparo del creyente,
sosten y fortaleza de los hijos de Agar,
a ti, Abu Ishac, caudillo y wali de Comares,
te mando en este pliego mi regia bendición...
¡Que como el Sol serena la furia de los mares,
la paz de Dios descienda sobre tu corazón!
¡Deseoso de que acabe la lucha fratricida,
que de todos los fieles baña en llanto la faz,
mi corazón magnánimo las ofensas olvida,
y con Aly te mando mis saludos de paz!
Todos cuantos castillos te he tomado en la gue-
[rra,
privilegios y honores, te juro devolver.
Perdonaré a tus siervos; aumentaré tu tierra;
y al frente de mis huestes de nuevo te has de ver.
Más que el Sol y los astros brillará tu fortuna.
¡Solamente una cosa te tengo que exigir:
que me entregues los planos que le quitaste a
[Azhuna
al llevarle a tus plantas su destino a morir!
Con ellos el alcázar que corona Granada,
para pasmo del mundo, podremos terminar...
¡Juré recuperarlos, con la paz o la espada,
junto al lecho de muerte de mi padre Alhamar!
¡Si te niegas, no esperes de mi piedad seguros;
caeré con mis leones sobre ese torreón...
Degollaré tus gentes, arrasaré tus muros,
y ni muerto ni vivo obtendrás mi perdón!

ISHAC. (*Rompiendo impetuosamente el silencio y la expectación de todos.*)
Aunque tuviese que vagar errante
sin patria y sin hogar, sin un amigo,
arrastrando mi planta sanguinante,
pordioseando el pan como un mendigo;
de vereda en vereda,
perros hambrientos, a quien sólo queda
la sarna de la piel sobre los huesos,
y en cruz los brazos, sin cerrar los ojos,
en medio de esas ásperas montañas

quedasen insepultos mis despojos
para pasto de cuervos y alimañas;
y me ofrecieran, con la vida, el oro
y todas las riquezas de la tierra...
¡cuanto en los cielos y en el mar se encierra!...
¡Al Emir no entregaba mi tesoro!...
Antes que darle eso, le daría
el alma, el corazón... la vida entera...
¡Aun cuando el propio Dios me los pidiera,
a dárselos a Dios me negaría!

ALY. Mas la muerte de Azhuna, ¿no ha extinguido
el odio de tu pecho?

ISHAC. (*Sacando de la escarcela los planos y mostrándolos.*)
¡No!... Perdura
más hondo, más tenaz, más encendido...
¡La herida de las almas no se cura!
Es la única prenda que poseo;
mi odio, mi amor, mi última esperanza...
¡De mi ruda venganza fué trofeo...
y nadie ha de arrancarme mi venganza!
Ojo por ojo, sí..., muerte por muerte...
Extinguiré del todo su memoria...
¡El me robó mi amor, y yo, más fuerte,
para vengarme le quité su gloria!

ALY. ¿Pero por qué esos planos conservaste?

ISHAC. Ellos son testimonio de mis duelos...
¡Oh, pobre viejo, como nunca amaste,
nunca podrás saber lo que son celos!
El no murió del todo... Aún vive para
mi odio insaciable... ¡Al estrujar sus planos
siento un goce infernal, cual si estrujara
su propio corazón entre mis manos!
¡Y cuando me atormenta su recuerdo,
en mis ímpetus ciegos y dementes
como un perro famélico, les muerdo,
hasta hacerlos sangrar entre mis dientes!
(*Oculta los planos en la escarcela.*)

BEKA. (*Acercándosele, y en tono conciliador.*)
¡Tu resistencia y tus recursos mide,
Abu Ishac! No te ciegues... Reflexiona...
Bien poca cosa nuestro Emir te pide...

En cambio de esos pliegos, te perdona...
Acalla tu rencor... Piensa en tu estado...
El walí de Guadix ya se ha rendido,
y el de Málaga parias ha jurado...
Uno a uno, tus pueblos han caído
bajo nuestro poder... ¡Sólo te resta,
contra todas las fuerzas de Granada,
un puñado de hombres dentro de esta
torre, por nuestro ejército sitiada!

ISHAC. (*En un arranque de orgullo.*)
¡El temor que la vil canalla siente
en generosos pechos nunca anida,
ni abate un noble su arrogante frente
por salvar los harapos de su vida!
¡Decidle a vuestro amo, que la tierra,
los planos... y la sal, todo le niego...
De mí no espere sino cruda guerra
y eterna destrucción a sangre y fuego!
Contra todas las fuerzas de Granada
tenaz combatiré, de noche y día...
¡A vuestro Emir decidle que mi espada
a él... y a su reino entero desafía!
Ni su amistad ni su perdón anhelo
y a la lucha sus ímpetus emplazo...
¡No espero más socorro que el del cielo
ni busco más defensa que mi brazo!
Y si nadie, ni el cielo me socorre
no espere que me rinda fatigado...
¡Me encerraré en los muros de esta torre
y en sus escombros moriré aplastado!

BEKA. (*Conciliador.*)
Pero escucha y medita lo que digo.
¡Si es noble sucumbir bajo el acero,
morir de hambre y de sed, como un mendigo
es afrenta y baldón para un guerrero!
¡El hambre es dura, y pueden tus soldados
ante la tienda del Emir llevarte
como un cordero, con los pies atados,
y en ofrenda de paz sacrificarte!

ISHAC. (*Se vuelve hacia los suyos. En voz alta.*)
Guerreros, el Emir la paz nos brinda...
Todos habéis oído su embajada...

¿Queréis, valientes, que mi alfanje rinda
ante el nuevo tirano de Granada?

SOLDS. (*Golpeando con las armas los escudos.*)
¡No!... ¡No!... ¡Nunca!...

ISHAC. ¡Socorro no esperéis!

OZMIN. (*Adelantándose.*)
¡Señor, los defensores del castillo
prefieren ser pasados a cuchillo
a que treguas o paces concertéis!

SOLDS. (*Gritando.*)
¡Guerra a muerte pedimos!

ISHAC. (*Mirando fijamente a los suyos.*)
¡Si hay acaso
alguno, entre vosotros, que quisiera
abandonar ahora mi bandera,
puede libre salir... franco está el paso!

OZMIN. (*Adelantándose.*)
¡Defendiendo a tu lado estas almenas
todos triunfar o sucumbir queremos!

ALIAT. (*Idem.*)
¡Nuestra sangre por ti derramaremos
hasta dejar exhaustas nuestras venas!

ALY. (*Con un gesto de resignación.*)
De convencerte ya no encuentro modo
y del encargo del Emir desisto...
¡Dios te ampare, Abu Ishac!...
(*Se dispone a salir.*)

ISHAC. ¡Decidie todo
cuanto habéis escuchado y habéis visto!

BEKA. De tu propia desgracia eres causante...

ISHAC. ¡Decir que entre nosotros, en la tierra,
sólo habrá desde hoy en adelante
eterna destrucción y eterna guerra!

ALY. Está bien, Abu Ishac... Tú lo has querido...

BEKA. ¡No te quejes a nadie de tu suerte!
¡En tus manos las paces has tenido!

SOLDS. ¡No queremos las paces!... ¡Guerra a muerte!
(*Salen Aly ben Ibrahim y Abul Beka por la puerta de la derecha, precedidos de pajes con antorchas. Abu Ishac les despide.*)

ESCLA. (*Al ir a partir, en voz baja a Sobeya, en el centro de la escena.*)

Vente, Sobeya. Atiende a mis razones...

SOBE. (*En voz baja.*)
¡Parte, esclavo! Tus ruegos serán vanos...
Al pie de estos bermejos torreones
espera oculto... ¡Te echaré los planos!
(*Se va el esclavo detrás de sus señores. Sobeya se vuelve hacia el arco de la izquierda y se oculta entre los soldados.*)

ESCENA VI

Todos, menos *Aly ben Ibrahim, Abul Beka* y el *esclavo.*

SOL. I. (*Contemplando a Sobeya, que intenta ocultarse entre los soldados.*)
¡Traición!
(*Caen sobre ella y la sujetan. Aliatar acude.*)

ALIAT. (*A Abu Ishac.*)
Aquí un esclavo se ha escondido.
(*Los soldados, en actitud amenazadora, se arremolinan en torno de Sobeya. Abu Ishac se vuelve al centro de la escena.*)

OZMIN. (*Arrastrando a Sobeya hasta Abu Ishac.*)
¡Contempladle, señor!
(*Sobeya permanece indiferente entre las manos de los soldados.*)

ISHAC. (*Mirándola fijamente.*)
Dime: ¿qué quieres?
¿Por qué con tus señores no te has ido?

SOBE. (*Con voz trémula.*)
Tengo que hablarte a solas...

ISHAC. (*Receloso.*)
¡Tú! ¿Quién eres?
(*Descubriéndose el rostro.*)
¿No me conoces, Abu Ishac?

ISHAC. (*Sorprendido.*)
¡Sobeya!
(*Los soldados la sueltan. Abu Ishac se vuelve hacia ellos y les dice con voz áspera.*)
Idos todos... ¡Dejadnos un instante!
(*Los soldados salen por los arcos.*)

ASTRO. (*Aparte, junto al fuego.*)

La víbora ha pisado el caminante...
¡Adiós, señor!
(*A Abu Ishac, dirigiéndose al arco de la izquierda. Aparte, al salir.*)
¡Se cumplirá tu estrella!

ESCENA VII

Sobeya y *Abu Ishac*, solos, en el primer término.

ISHAC. (*No queriendo creer en lo que ve.*)
¡Oh, visión fugitiva y misteriosa!
Dime pronto: ¿qué es esto? ¿A qué conjuros
les debo tu presencia entre estos muros
que eran para mi amor como una fosa?
¡Por fin llegaste al alma que te espera!...
Ante mis ojos sonreír te veo,
y te tocan mis manos... ¡y no creo
que seas realidad, sino quimera!...
Mas quimera o mujer, ¡sé bien venida!...
Ensueño o realidad, ¡bendita seas!...
(*Acercándose a ella, en voz baja.*)
Para venirme a ver, di, ¿qué deseas?
¡Tuyo es mi corazón, tuya es mi vida!...
¡Pero háblame, que escuche yo tu acento,
y pueda convencerse mi esperanza
que no eres sombra que intangible avanza
para morir al soplo de mi aliento!

SOBE. (*Aproximándose y mirándole fijamente.*)
¡No soy sombra, Abu Ishac! ¡Mírame: toca
la fiebre de mis manos: ve mi frente
pálida, la sonrisa de mi boca
y el resplandor de mi mirada ardiente!
¿No me conoces ya? ¿Acaso es para
tu corazón voluble mi figura,
como un muerto olvidado que se alzara
de pronto de su negra sepultura?

ISHAC. Tu voz vierte su música en mi oído...
La escucho... y de escucharla no estoy cierto...
¡Oh, déjame soñar si estoy dormido,
o morir de placer si estoy despierto!
(*Pausa. Se queda contemplándola extático. De*

pronto se agita convulsivamente. Desconfiando y retrocediendo de súbito.)
¿A qué vienes aquí? Dime, ¿a qué vienes,
que vacila al andar tu frágil planta,
y me hablas... y temblando te detienes
cual si el temor ahogase tu garganta?
(*Recuperando la confianza y acercándosele.*)
Mas aunque llegues como loba hambrienta,
curvas las garras y erizado el vello,
de mi sangre sedienta
a clavarme los dientes en el cuello
y a devorar después mi vida entera...
¡Bendita seas por haber venido
para hacer sonreír por vez primera
a estos labios que nunca han sonreído!

SOBE. (*Deslumbrándole con su belleza.*)
¡Mira la palidez de mi semblante,
este temblor continuo, mi mirada,
que en la tuya se clava suplicante
cual la de una gacela acorralada!
Apenas a tu vista me sostengo...
De angustia y de rubor muero a tu lado...
¡Porque a decir a tu esperanza vengo
lo que siempre mis labios te han callado!
(*Haciendo un esfuerzo horrible.*)
Tú no sabes lo horrible de esta lucha...
Tanto sufre mi ser, que ya no puedo
resistir mi pasión... ¡Escucha... escucha
cómo tiembla mi voz de gozo... y miedo!
(*Luchando aún con los más encontrados afectos.*)
A decírtelo el labio se me niega...
mas lo dirá mi alma temblorosa...
¡La que ayer se negaba a ser tu esposa,
como una esclava ante tu amor se entrega!
(*Se queda mirándole.*)

ISHAC. (*No queriendo dar crédito a sus ojos. Retrocediendo.*)
Mas no... no puede ser... ¡Estoy demente!
¡Tu voz me engaña, y en tu blanco seno
escondes entre flores la serpiente
que infiltrará en mi sangre su veneno!

(Fascinado por Sobeya; mirándola fijamente.)
Mas, ¿qué importa la muerte? ¿Qué me importa
que me engañes o no? ¡Sigue mintiendo,
que tu sonrisa al cielo me transporta,
y la gloria en tus ojos estoy viendo!
Por pensar que la fuente del camino
puede tener el agua envenenada,
¿dejara de saciar el peregrino
la sed que hace imposible su jornada?
(En un arranque de amor, ebrio de felicidad.)
Me traiciones o no, déjame verte...
¡He de saciar en ti la sed que siento,
y si al beber tus labios me dan muerte,
como son tuyos, moriré contento!

SOBE. *(Acercándosele más, con los ojos fijos en los de él.)*
¡Mírame! No te engaño... Olvida, olvida
ese tenaz recuerdo que te agobia...
¡Aquí me tienes, Abu Ishac, vestida
y temblando de amor como una novia!
¿Para qué, vanamente, atormentarnos?
Un amor inmortal vengo a ofrecerte...
Nadie podrá de nuevo separarnos...
¡Soy tuya... y seré tuya hasta la muerte!
(Envolviéndole en su mirada.)
¿Quién habla de recelos y de enojos?
¡Fué el pasado sangrienta pesadilla
que pronto borrará de nuestros ojos
el nuevo sol que en el Oriente brilla!
De apagar nuestra sed llegó la hora...
¡Sacia en mí tu pasión ardiente y fiera!
Destrózame... Mi corazón devora...
¡Mas deja, deja que en tus brazos muera!
(Abu Ishac la estrecha ansiosamente en sus brazos.)

ABU. *(En un vértigo de amor.)*
La misma realidad supera al sueño...
¿Qué me importan los celos y la ira,
si soy dueño del mundo al ser tu dueño?
Esto es vivir, y lo demás... ¡mentira!
¡Dios mismo en tus pupilas resplandece;
me inunda como un mar tu cabellera,

y al ceñirte en mis brazos me parece
que estrecho en ellos la creación entera!
¡Deja, deja que en ciego desvarío
beba la eternidad que hay en tus besos,
y que estreche tu cuerpo contra el mío
hasta que crujan de placer tus huesos!
(Vuelve a abrazarla.)
De gozo el corazón salta a pedazos...
¡Es demasiada gloria tu cariño!...
¡Mírame agonizar entre tus brazos,
sollozando de amor igual que un niño!

SOBE. Mi labio torpe a traducir no acierta
la inmensa dicha que mi pecho siente...
¡Entre tus brazos soy como una muerta,
condenada a callar eternamente!

ABU. *(Mirándola hasta el fondo de los ojos, y oprimiendo su cuello entre sus manos.)*
¡Mas ¡ay!, que a veces en tus ojos veo
algo que de mí viene a separarte
para siempre, y mi amor siente el deseo
imperioso y brutal, de asesinarte!
(Sobeya le contempla suplicante. Abu Ishac la suelta.)
Mas no temas mirar tu vida rota...
Toda mi rabia contra ti se pierde...
¡Si me odiases aún, mis venas muerde
y bébete mi sangre, gota a gota!
¡Cumple en mí la venganza más artera,
condéname al más bárbaro tormento,
mas deja al menos que en tus brazos muera,
absorbiendo tu alma con tu aliento!

SOBE. *(Con resentimiento.)*
¡Cómo me hieren tus palabras rudas!...
Colérico y cruel conmigo eres...
Si te vengo a buscar, ¿para qué dudas?
Si estoy entre tus brazos, ¿qué más quieres?
Razón no tienes ya para quejarte;
mas quiero ser leal y te perdono...
¿Qué cosa más aún puedo entregarte,
si mi cuerpo en tus brazos abandono?

ABU. ¡Yo arrancaré del pecho estos rencores

por no verte sufrir, Sobeya mía!
¡Quièn está acostumbrado a los dolores
no puede resistir una alegría!
Tú misma has de imponerme la condena
que merezco. Mas, siéntate a mi lado...
(La sienta a su lado, en un escabel, junto al fuego.)
La luz ya va a surgir. ¡La vida es buena,
y todo está para el amor creado!
Antes de tú venir, no existió nada;
fuera de nuestro amor, todo es vacío...
¡Clava en mis tristes ojos tu mirada,
y junta el labio con el labio mío!
(La estrecha en sus brazos. Pequeña pausa.)
Todo va en esos campos renaciendo
(Mirando hacia las almenas.)
al resplandor fecundo de la aurora...
¡El pasado es la sombra que va huyendo,
y nuestra vida empieza desde ahora!
Por el presente tu pasado olvida...
¡Para gozar de esta pasión sincera,
aquí nos queda aún toda una vida,
(Señalando al cielo.)
y luego, allá, la eternidad entera!
¡Y aunque la eternidad fuese un demente
y efímero anhelar del alma avara,
para poder amarte eternamente
este amor infinito la creara!
(Sacando los planos de la escarcela.)
¡Para que al par nuestro pasado muera
y empezar a vivir, mis propias manos
en las voraces llamas de esa hoguera
van a quemar mis celos y estos planos!
(Al ir a arrojarlos, Sobeya se los arrebata súbitamente, alzándose en un supremo gesto de triunfo. Abu Ishac se queda un momento atónito. Después se levanta, interponiéndose entre Sobeya y el arco del centro.)

SOBE. ¡Ya están en mi poder! ¿Qué te has creído?
¿Pudo abrigar tu amor una esperanza?
Sólo por ellos hasta aquí he venido...

(Con los brazos tendidos al cielo.)
¡Azhuna, ya he cumplido mi venganza!

ABU. *(Acercándose amenazador.)*
No podrás escaparte... Serás mía...

SOBE. *(Retrocediendo, pero con energía.)*
¡Mi odio es tan grande y tan desesperado,
que desgarrar mi cuerpo desearía
sólo porque tus manos lo han tocado!

ABU. *(Cayendo sobre ella.)*
Con tus propias palabras te condenas...
Estás en mi poder...

SOBE. *(Sacando de pronto un puñal y clavándoselo en el pecho.)*
¡Inútilmente!
¡Ya mi puñal emponzoñó tus venas
con todos los venenos del Oriente!

ABU. *(Vacila un momento, pero se alza y estrecha entre sus manos el cuello de Sobeya.)*
Mas mi venganza no acabó del todo...
Entre mis manos voy a estrangularte...
(Sobeya le mira desencajada, y Abu Ishac le suelta el cuello, aunque la retiene en sus brazos.)
No me mires, Sobeya, de ese modo...
(Con la voz débil y dolorida.)
¡Prefiero que me mates a matarte!
¡Morir de odio o de amor, me da lo mismo,
con tal de sucumbir entre tus manos!

SOBE. *(Forcejeando por separarse de Abu Ishac.)*
Entre nosotros dos se abre un abismo...
(Se desprende de Abu Ishac y corre a las almenas, agitando los planos.)
Esclavo, ¿estás ahí?... ¡Toma los planos!
(Abu Ishac quiere seguirla y se desploma bajo el arco del centro. Sobeya arroja los planos.)

ABU. *(Agonizante.)*
¡Oh, Sobeya!... ¡Traición!...

SOBE. *(Gritando, inclinada sobre las almenas.)*
Huye, no esperes...
¡Corre, esclavo, veloz, y di a Granada
cómo mueren por ella sus mujeres!

(Se vuelve triunfalmente.)
¡Su gloria se salvó!... ¡Ya estoy vengada!

ESCENA ULTIMA

Dichos. Ozmin, Aliatar, el *Astrólogo,* pajes y soldados.

(Penetran precipitadamente por todos lados. La luz de la aurora empieza a clarear.)

ALIAT. *(Entrando.)*
Mas ¿qué pasa?

UN SOL. *(Viendo el cuerpo de Abu Ishac tendido bajo el arco y señalándosele a los que entran.)*
¡Traición!
(Todos se aproximan.)

OZMIN. *(Inclinándose sobre Abu Ishac.)*
Dí, ¿quién te ha herido?

SOLDS. *(Llenos de horror, en torno de Abu Ishac.)*
¡Traición! ¡Traición!

OZMIN. *(Levantándole la cabeza en su brazo.)*
¡Contéstame!

ABU. *(Abriendo los ojos y expirando, como en un suspiro.)*
¡Sobeya!
(Todos se inclinan. Aliatar le coloca la mano sobre el corazón.)

ALIAT. ¡Su corazón no tiene ya un latido!

OZMIN. Cerrar sus ojos...

ASTRO. *(Apareciendo entre los soldados y tendiendo los brazos al cielo.)*
¡Se cumplió su estrella!
(Los soldados descubren a Sobeya, que ha permanecido reclinada en el ángulo de las almenas, y se dirigen a ella con las espadas desnudas.)

SOLDS. *(Señalando a Sobeya.)*
¡Aquí está ya!

OZMIN. *(Sosteniendo a Abu Ishac, a los soldados.)*
¡Clavadle vuestros hierros!

ALIAT. *(Idem, id.)*
¡Matadla!

PAJE. *(Dirigiéndose resueltamente, con las espadas desnudas a Sobeya.)*
¡Sí, te despedazaremos,
y desde estas almenas echaremos
tus sangrientas piltrafas a los perros!

SOBE. *(Tendiendo los brazos al cielo, como quien cumplió un voto.)*
¡Granada, mi palabra está cumplida!
¡Azhuna, ya he salvado tu memoria!...
(Volviéndose a los soldados, en un gesto orgulloso de desafío, mostrándoles el pecho.)
¿Qué me importa morir?... ¡La muerte es vida
cuando es por el Amor o por la Gloria!
(Los soldados, gritando, la acometen.)

TELÓN RÁPIDO

EL TEATRO MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores declarados, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de Correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

PRENSA MODERNA

A. AGUILERA, 59 MADRID APARTADO 8012

Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Teléf. 16244. Madrid.